

TESOROS

REVISTA

CRISTIANOS

Recursos para la edificación del Cuerpo de Cristo

LA SEGURIDAD DE LA

SALVACIÓN

TEMA DE PORTADA

COMPLEMENTOS:

YO Y MI CASA SERVIREMOS A JEHOVÁ
Masculinidad

GRACIA PARA LA SUMISIÓN DE LA ESPOSA
Feminidad

LA PORNOGRAFÍA: SUS CONSECUENCIAS Y LA SALIDA
Jóvenes

WILLIAM TYNDALE
Biografía

SUICIDIO - ESPERANZA PARA QUIENES QUIEREN ACABAR CON SUS VIDAS
Actualidad

La **REVISTA TESOROS CRISTIANOS** es una publicación trimestral que tiene el objetivo de proporcionar material de edificación para el pueblo cristiano. Contiene artículos centrados en la Persona del Señor Jesucristo y la Palabra de Dios.



© **EDICIONES TESOROS CRISTIANOS**

tesoros cristianos@gmail.com

310 2702366 / (031) 2480410

Bogotá-Colombia



Título: La seguridad de la Salvación

Año 2 - Revista 6°

Diciembre - Febrero del 2021

1ª. Edición

Todos los versículos usados son de la versión Reina Valera 1960 a menos que se indique lo contrario.

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta edición puede ser reproducida, almacenada o transmitida por cualquier otro medio sin la previa autorización del ministerio de Tesoros Cristianos.

PRESENTACIÓN

Vivimos un tiempo donde el relativismo moral y espiritual está llevando a nuestra generación a una caída desenfrenada hacia el pecado y la destrucción. Sin darse cuenta, el hombre moderno, en su ceguera, mantiene una obstinada rebelión contra Dios, rechazando, atacando y ridiculizando la fe cristiana y sus enseñanzas. Además, no es un misterio que gran parte del llamado pueblo cristiano ha sido infiltrado por falsos maestros y doctrinas sutiles sumamente destructivas: el falso “evangelio de la prosperidad”, la motivación personal, la autoayuda y el llamado a la realización personal que se hace en la mayoría de púlpitos en nuestros días, ha llevado a la Iglesia actual a perder la referencia del verdadero Evangelio que encontramos en las Sagradas Escrituras. Hoy, más que nunca, las palabras del Salmista toman vigor en nuestro corazón: “*Si fueren destruidos los fundamentos, ¿Qué ha de hacer el justo?*” (Sal. 11:3). ¿Qué hemos de hacer en un tiempo así? El mundo va sin frenos rumbo a la condenación; la Iglesia tambalea cada vez más descaradamente hacia la apostasía; y aquellos que desean ser fieles a Dios son cada vez más estigmatizados y perseguidos por sus convicciones.

En este tiempo, y con semejantes conflictos, se hace indispensable considerar seriamente los fundamentos de nuestra fe, y conocerlos. Y no existe cuestión más importante para un cristiano que responder con seguridad y firmeza las siguientes preguntas: ¿La salvación se obtiene por obras o por fe? La salvación prometida en el Evangelio, ¿es segura, o tiene ciertas condicionales? ¿Un cristiano puede perder la salvación? Y si es así, ¿por cuáles pecados podríamos perder la salvación? Y después de perderla, ¿podríamos recuperarla? Estas cuestiones, además de ser muy controversiales y, por ende, difíciles de tratar, no dejan de ser asuntos fundamentales y cruciales en los cuales necesitamos tener la guía de Dios y Su Santa Palabra.

Es por esto que en nuestra actual edición trataremos de presentar la doctrina de la seguridad de la salvación y sus importantes prerrogativas, lo cual es, sin lugar a dudas, un desafío para nosotros y también para nuestros lectores. Esperamos que la gracia y la bendición de Dios sean con todos aquellos que, por Providencia Divina, reciban este importante material espiritual.

Pablo David Santoyo

ÍNDICE

TEMAS DE PORTADA

La justificación y la seguridad de la salvación	5
Salvos por la eternidad.....	17
Pasajes difíciles sobre la salvación	27
Argumentos sobre la pérdida de la salvación	39
Diferencia entre gracia y reino	51

COMPLEMENTOS

William Tyndale	63
La pornografía: sus consecuencias y la salida	77
Yo y mi casa serviremos a Jehová.....	89
Gracia para la sumisión de la esposa	101
Suicidio - Esperanza para quienes quieren acabar con sus vidas.....	111

LA JUSTIFICACIÓN Y LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo...” (Ro. 5:1)

La doctrina de la justificación no es en ninguna manera una novedad; por el contrario, es una de las doctrinas principales del Nuevo Testamento. Como lo afirma el pastor y escritor Hernandes Dias Lopes: “La justificación no es una verdad secundaria o lateral de la fe cristiana, es la propia esencia del cristianismo”. Y entender esta verdad es crucial para entender el carácter de la salvación que hemos recibido. No es pequeña la discusión que existe en muchos círculos cristianos sobre si la salvación se pierde o no. Y en nuestra edición actual vamos a considerar este asunto trascendental de la doctrina cristiana.

El Evangelio y la Justificación

En este momento varias preguntas deben ser formuladas: ¿Cómo puede un hombre ser justificado ante Dios después de haber cometido tantos pecados y transgresiones a Su Ley? ¿Acaso el Juez Justo de toda la Tierra no debería, indefectiblemente, condenarle eternamente por su maldad? ¿Podemos, como hombres, de alguna manera evitar la ira santa de Dios? Estas preguntas trascendentales deberían ser el foco de la atención de todo hombre. Bien lo decía el teólogo Charles Hodge:

“¿Cómo puede el hombre ser justo ante Dios? La respuesta a esta pregunta determina el carácter de nuestra religión. Dar una respuesta equivocada es errar el camino al Cielo. Es errar donde el error es fatal, porque no puede ser corregido”. Sin lugar a dudas, estamos delante de un asunto sumamente crucial y debemos mantener nuestros pies donde sólo la Santa Palabra de Dios puede guiarnos por el camino correcto.

La Epístola a los Romanos es, sin lugar a dudas, la fortaleza de las verdades que tienen que ver con la gloriosa redención que es en Cristo Jesús. Pablo, el gran abanderado del Evangelio, hace una exposición magnífica y elocuente de la salvación por la fe, estableciendo lo que el mismo llamaría “el evangelio de Dios” (1:1). Y la piedra angular de su exposición se centra en esta palabra: ‘Justificación’. Ahora, ignorar este asunto no es simplemente desconocer algún asunto teológico o doctrinal, es, definitivamente, ignorar el mensaje de Jesús y el testimonio de los apóstoles; es desconocer el cristianismo y sus principales prerrogativas. Esto debería ser injustificable para un cristiano o una iglesia. Si desconocemos estos aspectos del Evangelio, deberíamos preguntarnos sinceramente en qué Evangelio hemos creído.

El desarrollo en la Epístola

En los primeros 3 capítulos, Pablo hace una exposición irresistible de la culpabilidad de los judíos y de los gentiles. Sus argumentos claros y poderosos ponen a todo hombre bajo la justa condenación del juicio de Dios: “...*pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno...*” (Ro. 3:9-10). Y

manifiesta claramente que el hombre es totalmente incapaz de poder salvarse por sus propias obras o méritos, “...*para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él...*” (Ro. 3:19-20). El hombre, por su pecado, es un ser injustificable ante Dios; sus pecados le condenan. Su condenación es segura e inevitable; no importa si es un judío religioso o un gentil moralista, la verdad es que todos estamos totalmente reprobados por la Ley de Dios.

Ahora Pablo, después de argumentar como un fiscal los delitos y la evidencia contra el criminal (el hombre), pasa a mostrarnos lo que es la justicia de Dios y cómo ella se cumple en el Evangelio. Aquí, en el momento de mayor oscuridad aparece la luz del Evangelio. Ante la poderosa evidencia de la condenación aparece la gloriosa salvación, centrada ésta en el sacrificio vicario de Cristo por los hombres. En la cruz Dios reveló su justo juicio y su ira por los pecados de los hombres, sacando a la luz el medio por el cual el hombre puede ser justificado. El sacrificio perfecto del Cordero permite que un Dios Santo pueda salvar a un hombre pecador y declararlo justo. ¡Qué maravillosa verdad! Lo que ningún hombre pudiera hacer con toda su religiosidad o supuestas buenas obras, Cristo, con un solo sacrificio, nos justificó delante de Su Padre, “...*siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús...*” (Ro. 3:24).

Ahora la justificación no es alcanzada por el esfuerzo del hombre, sino por la fe en la obra de Jesucristo. Es la obra de Dios en Cristo Jesús la que nos dio vida eterna, perdonó nuestros pecados y nos justificó. No es nuestra justicia la

que es recompensada; es la justicia de Cristo, la cual nos es impartida e imputada; el Justo justificando a los injustos, los pecadores poniendo su confianza en el Justo y siendo justificados gratuitamente. ¡Qué maravillosa verdad! ¡Gloria y honra a nuestro Señor Jesucristo!

Pablo, al llegar a su punto principal, al final del capítulo 3, pasa a reforzar su argumentación en el capítulo 4, mostrándonos el ejemplo de Abraham, el padre de la nación de Israel, quien, igualmente como los creyentes del Nuevo Pacto, son justificados únicamente por la fe: *“Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros...”* (Ro. 4:16).

Salvos de la ira

Y siguiendo la misma línea de pensamiento, en el capítulo 5 Pablo nos muestra los frutos de la justificación: *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo...”* (Ro. 5:1). Ahora el pecador justificado tiene paz para con Dios. Antes éramos enemigos y adversarios de Dios. Ahora, justificados por la fe en Cristo, tenemos seguridad que nuestros pecados han sido perdonados, hemos recibido vida eterna y somos hechos hijos de Dios. Es importante entender que esta justificación implica la absolución completa y plena de nuestra condenación. Ahora tenemos paz y seguridad que Dios nunca más se acordará de nuestros pecados, y que todas las actas de los decretos que nos eran contrarias han sido anuladas por la obra de Cristo (Col. 2:14).

Ahora Pablo reafirma este argumento con las siguientes palabras: “*Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.*” (Ro. 5:9). El creyente, por un lado, tiene la seguridad de que la obra histórica de Cristo le otorgó la justificación y, además, ahora puede descansar en la seguridad futura de que la ira de Dios ya no recaerá sobre él. Esta frase “*salvos de la ira*” indica la absoluta certeza de que aquellos que están en Cristo no tendrán ninguna condenación futura. La justificación es un acto que sucedió en el pasado, en la cruz de Cristo, un acto jurídico y legal. Todas las demandas de la Justicia Divina fueron satisfechas para siempre. Esto da al creyente la seguridad de que su salvación no sólo incluye un momento particular, sino que puede decir con el apóstol Pablo de su futuro: “*por él seremos salvos de la ira*”. Esta seguridad es la certeza de la absolución futura en el Juicio Final.

Ya lo decía el escritor norteamericano William Greathouse: “*Salvos de la ira* se refiere a la liberación final en el juicio futuro; la salvación está garantizada por el hecho de que la justificación es un anticipado veredicto favorable de este día.” La justificación es el acto divino por el cual Dios nos ha absuelto eternamente de nuestra culpabilidad. No sólo podemos tener seguridad ahora, sino que tenemos certeza de nuestro futuro glorioso como hijos de Dios en Cristo Jesús. Nuestra justificación es una provisión completa con la cual nos podemos presentar ante el juicio de Dios, ya sabiendo que en Cristo hemos sido perdonados y justificados. ¡Qué gloriosa seguridad! Podemos descansar plenamente en la obra de Cristo y glorificar Su Nombre.

Justificación y Santificación

En los capítulos siguientes Pablo pasa a introducir la doctrina de la santificación. La justificación tiene unos efectos importantes en la vida diaria del creyente. Ahora comenzamos un proceso de santificación rumbo a la gloria. Esto incluye varios asuntos tratados por Pablo en los siguientes capítulos:

- Una consideración de nuestra posición en Cristo (Ro. 5:17).
- Presentar nuestros miembros a Dios, y no al pecado (Ro. 6:13).
- Una lucha constante con el pecado que aun mora en nosotros (Ro. 7:18).
- Una vida diaria de andar en el Espíritu (Ro. 8:9).
- Una disposición para sufrir por Cristo en un mundo adverso (Ro. 8:18).
- Y un gemir constante por el deseo de ser glorificados y estar eternamente con Cristo (Ro. 8:23).

El punto más alto del argumento de Pablo

Ahora llegando al punto culminante de la primera parte de la carta, Pablo hace unas declaraciones, sellando así su argumentación en declaraciones importantísimas en aquello que tiene que ver con la seguridad de nuestra salvación y su carácter eterno. El teólogo y profesor Charles Erdman llegaría a decir acerca de esta porción de las Escrituras, que “es probablemente la más majestuosa porción que nos legó la pluma del apóstol Pablo, y el clímax de su argumento.”

El apóstol termina su exposición con una serie de preguntas retóricas, preguntas que contienen una gran cantidad de luz y revelación en el asunto en cuestión que venimos tratando, dando una exposición admirable de la seguridad inquebrantable de la salvación.

Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro. 8:31). Ante la primera pregunta retórica que Pablo nos hace, el pastor John MacArthur hace una excelente explicación: “La obvia implicación es que si cualquier persona estuviera en capacidad de robar nuestra salvación, entonces tendría que ser más grande que Dios mismo, porque Él es tanto el Dador como el Sustentador de la salvación. En efecto, Pablo está preguntando a los cristianos: “¿Quién, dentro de los límites de lo concebible, podría abolir nuestra condición actual de *ninguna condenación*”? ¿Acaso existe alguien más fuerte que Dios, el Creador de todas las cosas y todas las personas que existen?” Pensar en que hubiera alguien que aseverara negar lo que Dios afirma, y poner en tela de juicio lo que la Palabra enseña, sería una gran insensatez y un desafío alocado al Evangelio descrito en las Escrituras. ¿Qué poder en la Tierra o en el Cielo pudiera negar u oponerse a semejante realidad?

El que no escatimó ni a su propio Hijo

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Ro. 8:32). En esta segunda pregunta Pablo nos muestra el valor de nuestra salvación: “la propia vida del Hijo de Dios” ¿Será

que Dios nos daría a Su Hijo para salvarnos, a sabiendas que nosotros pudiéramos perder esa salvación? Si el creyente no tuviera seguridad de salvación, ¿sería el sacrificio de Cristo confiable o de valor? ¿Será que el Hijo de Dios se entregó en vano por los escogidos? ¿Será que podemos anunciar a los hombres que se si se arrepienten y creen pueden ser verdaderamente salvos, y después perder esta salvación? Preguntas como estas nos llevan a pensar en lo absurdo de negar la seguridad de la salvación en algunos círculos cristianos.

El sacrificio de Jesús en la cruz no sólo es el fundamento de la salvación, sino también la base de nuestra seguridad eterna. Ayer, hoy y siempre el creyente podrá estar seguro de su salvación basado en las solemnes afirmaciones de las Sagradas Escrituras sobre la obra de Cristo.

¿Quién acusará a los escogidos de Dios?

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.” (Ro. 8:33). Otra pregunta relevante, con su afirmación inmediata. Si Dios, el Juez Justo de toda la Tierra, el Juez Santo, declaró justos a aquellos que escogió en la obra de Cristo, ¿quién se atreverá a acusarlos? ¿Quién podrá tomar su lugar como juez y juzgar a aquellos que la sangre de Cristo limpió y perdonó de sus pecados? ¿Quién haría semejante osadía? Es cierto que uno de los odiosos oficios de Satanás y el mundo es acusar a los escogidos. Pero cuán absurdo, insignificante, insuficiente e ineficaz es su trabajo, ya que Dios mismo nos ha justificado. Si el Juez declara inocente y exime al acusado del pecado, ¿podrá hacer algo el fiscal? Toda acusación de Satanás cae ante

la poderosa salvación hecha por Cristo en la cruz. Pablo ya lo diría a la iglesia de los colosenses: Todas las actas en contra nuestra fueron clavadas y consumidas en la cruz (Col. 2:14). Los medios legales que podían dar sustento a la acusación del enemigo fueron totalmente anulados y expirados.

¿Quién es el que condenará?

“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.” (Ro. 8:34). Spurgeon, explicando esto, comentaba: “Los que son justificados, son justificados *irreversiblemente*. En cuanto el pecador toma el lugar de Cristo, y Cristo toma el lugar del pecador, no hay que temer un segundo cambio. Si Cristo ha pagado una vez la deuda, la deuda está saldada; y nunca se volverá a reclamar. Si eres perdonado, eres perdonado de una vez y para siempre. Dios no da al hombre un perdón gratuito firmado por Él para luego retractarse y castigar al hombre: eso dista de ser lo que hace Dios. Él dice: “Yo he castigado a Cristo, tú quedas libre”. Y después de eso podemos “regocijarnos en la esperanza de la gloria de Dios”, de que siendo “*justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo...*” Y continúa asegurando ante aquellos a quienes se les dificulta asimilar estas verdades: “Nos parece extraña”. Los extraños somos nosotros, y no que la doctrina sea extraña. Es doctrina de las Sagradas Escrituras la que afirma que nadie puede condenar a aquel a quien Dios justifica, y que nadie puede acusar a aquellos por quienes Cristo murió”.

La muerte, resurrección e intercesión de Cristo son el más

seguro sello, no sólo de la exaltación del Hijo de Dios, sino también del alcance y valor de su salvación, entonces, ¿cómo podríamos dudar de una obra tan grande y consumada?

Conclusiones finales

Ahora, después de haber echado una mirada a lo largo de la Epístola del apóstol Pablo a los Romanos, podemos ver y entender el gran tema de esta carta: La salvación que es en Cristo Jesús. Naturalmente, este es el tema principal de toda la Biblia. Pablo afirma: “...y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.” (2 Ti. 3:15). La Biblia entera es el mensaje de salvación en Jesucristo para todos los hombres. Sin embargo, Romanos expresa de una manera magistral el Evangelio como ningún otro libro. La claridad es evidente, y su profundidad, admirable. La esencia, el valor y el alcance del Evangelio brotan delante de nosotros como un río interminable de aguas vivas. No podemos negar que este es el más grande legado que nos dio el apóstol Pablo sobre el Evangelio de Jesucristo.

Todos aquellos que dicen ser cristianos deben conocer este libro y sus verdades. La ignorancia ha sido la culpable y madre de la incredulidad, superstición y religiosidad que inunda el cristianismo de nuestros días. Muchos han perdido la oportunidad de anclar sus corazones a la fuerte seguridad de la salvación, porque su fe no está fundada en lo que dice la Palabra de Dios, sino en la enseñanza de los hombres. Debemos cavar el pozo de nuestra fe. Examinar nuestras convicciones y profundizar en ellas. El Evangelio es un mensaje exclusivo

y único de la Iglesia de Jesucristo ¡Qué triste es ver que en muchos lugares hoy en día el cristianismo desconoce estas verdades tan esenciales! El Evangelio ha sido remplazado por la conveniencia; la verdad, por las emociones; la predicación, por el entretenimiento; y las Escrituras, por las experiencias. En un ambiente así, deberíamos usar un microscopio para encontrar algo del Evangelio de Jesucristo.

Dios quiera que, en Su misericordia, el tema actual de nuestra revista sirva para arraigar a los hijos de Dios en la profunda seguridad de su salvación eterna.

Pablo David Santoyo

.....

La blasfemia contra el Espíritu Santo

Es muy común encontrar personas que están extremadamente asustadas cuando se trata de su salvación. Personas que tienen su conciencia débil, fueron golpeadas por una falsa enseñanza o una falsa tradición, y están muriendo de miedo de perder su salvación. Están todo el tiempo investigando si pecaron con tal pecado y si han cometido el llamado “pecado imperdonable”. Nos estamos refiriendo particularmente al texto de Mateo 12:31, que dice: “... *Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada.*” ¿Cuántas veces fuimos blanco de líderes, que se defendían de sus malas prácticas haciendo tal afirmación? ¿Cuántas veces este texto fue utilizado para blindar a hombres infieles que han sido acusados por sus malos comportamientos o por sus herejías? Esto es característico de los falsos maestros: usar la Palabra de Dios como una forma de autodefensa para blindarse contra la verdad. Pero, ¿cómo podemos entender esta afirmación de Jesús? ¿A qué personas iban dirigidas estas palabras? En el contexto de este pasaje, tenemos a Jesús efectuando

sanidades y haciendo varios milagros. Él acababa de liberar y curar a un endemoniado, ciego y mudo. Viendo estas cosas, los fariseos murmuraban y decían que Él expulsaba los demonios por el poder de Beelzebú, jefe de los demonios. Entonces Jesús les respondió, explicándoles que un reino dividido contra sí mismo jamás prosperará, que si Satanás expulsa a Satanás, ¿cómo subsistirá su reino? Entonces Él concluye diciendo que si alguien habla en contra del Espíritu Santo, no le sería perdonado, ni en el presente siglo, ni en el venidero (12:32).

Reflexionemos en este contexto: Es el mismo Hijo de Dios en carne, que ha venido al mundo para salvar a los pecadores. Él está ejecutando la obra de Dios por el poder del Espíritu Santo; delante de Él hay hombres tan incrédulos, tan impíos, tan blasfemos, que se atreven a decir que aquellas maravillosas obras son hechas por Beelzebú. Este contexto por sí solo revela que este pecado es impracticable en nuestros días. Nosotros no conseguiríamos pecar de tal manera hoy en día. Para tener tal práctica tendríamos que estar delante de Jesucristo, y nosotros, deliberadamente, por odio, envidia, decir tales palabras blasfemas contra Él. Este fue un pecado exclusivo de la generación de Jesús, que sólo podría compararse hoy con la firme desobediencia y con un rechazo constante y firme hasta la muerte contra el Evangelio.

Un cristiano jamás puede ser acusado de tal tipo de pecado, o nunca llegó a ser cristiano. No debemos permitir que nadie nos quite la certeza de la fe. En muchos lugares, cuando los cristianos critican alguna práctica de los supuestos “ungidos” apóstoles y profetas, son acusados de blasfemar contra el Espíritu Santo; pero nada es más descabellado y descontextualizado de las palabras que mencionó Jesús. No debemos perder nuestra seguridad en Dios. Que el Señor pueda sanar nuestras conciencias de esas heridas, que Él pueda librarnos de las mentiras de los falsos maestros, quienes se aprovechan de este pasaje para atemorizar. No hay pecado que el Señor no pueda perdonar; no hay pecado que la sangre de Cristo Jesús no pueda lavar. Estamos en paz con Dios; Cristo nos libró de toda enemistad con Él. Nuestras conciencias pueden ser completamente limpias y podemos ser libres de toda acusación del diablo. ¡Cristo Jesús venció! ¡Ningún pecado nos podrá separar de Él!

Marcelo Vieira

SALVOS POR LA ETERNIDAD

“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen...” (Hebreos 5:8-9).

El autor de la carta a los Hebreos nos declara que aquella salvación efectuada por el Señor Jesucristo para los creyentes (los que le obedecen), por medio de Su obra redentora, no es una salvación transitoria o con límites de tiempo, como si su duración estuviera determinada por factores externos, o estuviera relacionada a cierta obra con la cual pudiéramos hacerla firme u obsoleta, sino que es eterna por causa de Su autor.

Pero, ¿qué significa que la salvación es eterna? Esta pregunta es muy importante aclararla, porque muchos han llegado a preguntarse si luego de ser salvos pueden, en algún momento o por alguna razón, llegar a perder la salvación; pues aunque la Biblia declara poderosamente que el pecador que pone su fe en Cristo “...*ha pasado de muerte a vida*” (Jn. 5:24), muchos son los que se preguntan si existe la posibilidad de poder pasar de la nueva vida en Cristo, a la muerte espiritual, nuevamente. Para aclarar esto, nos disponemos a examinar aquellos pasajes donde se nos habla de la eternidad de la salvación, a fin de comprender mejor su significado y hallar en ellos respuesta para estas interrogantes.

Eternidad

Para comprender mejor a qué se refieren las Escrituras cuando hablan de vida eterna, debemos comprender el significado de la palabra ‘eternidad’, en su contexto. En griego, la palabra eternidad es ‘aionios’, palabra que, tanto en el griego clásico como en las Escrituras, es usada para hacer un contraste entre aquello que pertenece al orden divino y lo que pertenece al orden del mundo creado. Eternidad es la palabra que separa la Divinidad de la humanidad, y que sólo se puede usar con toda cabalidad para referirse a Dios, quien es el único Eterno, porque describe, nada más y nada menos, que la vida de Dios; a diferencia de todo lo que pertenece a la creación, cuyo inicio fue por obra de Dios.

Las Escrituras nos dicen que:

- Dios es eterno (Ro. 16:26).
- Su poder y Su deidad son eternos (Ro. 1:20).
- Su Reino es eterno (2 P. 1:11).
- Su Evangelio es eterno (Ap. 14:6).

La vida eterna es la vida de Dios, una vida sin principio ni fin. La vida de las criaturas (seres creados, como los hombres, o aun los ángeles), tiene un principio, por lo cual, aun cuando podamos vivir para siempre, de manera infinita, según los propósitos de Dios, sea en Su gloria, como los ángeles, o en el castigo eterno, como los impíos (Jud. 1:7), esa no es vida eterna; ésta pertenece únicamente a Dios. También debemos notar que la palabra eternidad es usada en el Nuevo Testamento para describir el Pacto Eterno que Dios ha establecido con

aquellos que ha redimido mediante el sacrificio de Cristo (He. 13:20). Las moradas que aguardan al creyente en los Cielos son eternas (2 Co. 5:1). Y, principalmente, la vida que reciben los creyentes en Cristo es la vida eterna (Jn. 3:36).

La Vida Eterna

Todo lo que es propio de Dios es eterno: Sus atributos, Sus designios, Su Reino, Su juicio y Su salvación son eternos (Is. 45:17; He. 5:9). Cualquier cosa que pueda terminar, llegar a perderse, destruirse, cambiar o envejecerse con el paso del tiempo, no puede ser considerada eterna ni propia de Dios; puede ser parte de Su creación temporal, y aun infinita, pero no de Su eternidad. Por lo cual deberíamos preguntarnos lo siguiente: La vida que recibe el creyente al poner su fe en Cristo por medio del Evangelio Eterno de Dios, ¿es vida eterna? ¿O es una salvación temporal, que puede llegar a afirmarse o a perderse con el paso del tiempo?

En el Evangelio de Juan podemos ver varios pasajes que nos pueden alumbrar el entendimiento para dar una respuesta profunda a estas preguntas: *“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.”* (Jn. 5:24). El Señor Jesucristo nos dice claramente que aquellos que oyen Su Palabra (la cual es también la Palabra del Padre), y creen este mensaje del Evangelio, han pasado ya, en tiempo presente, de muerte a vida, y esta vida es eterna ¡Así lo dice el Señor! No debemos olvidar el mensaje del Evangelio, que el que se arrepienta de sus pecados y ponga su fe en la obra expiatoria del Hijo de Dios es salvo por gracia, sin

obras de justicia propia, sino por la obra justa de Dios en Su Hijo al ponerle como propiciación por nuestros pecados. Por lo cual debemos considerar la interrogante de los judíos cuando preguntaron al Señor Jesús: “¿*Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?*” (Jn. 6:28). Esta pregunta era en respuesta a la afirmación del Señor de que ellos debían trabajar, no por el alimento temporal, sino por el que a vida eterna permanece (verso 27). Los judíos, como muchos hoy en día, creían que la vida eterna se ganaba por obras; por ello preguntaron al Señor Jesús por las obras que debían practicar para poder ganar la vida eterna, a lo cual responde el Señor: “...*Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.*” (6:29), y más adelante les explica: “*Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.*” (6:40). Vemos nuevamente que es la fe en el Hijo de Dios, conforme al Evangelio, el único requisito para tener la vida eterna; ésta no se puede ganar con obras, por lo cual debemos entender que tampoco podemos conservarla o perderla por causa de ellas. De ser así, el Señor lo hubiera aclarado o hubiera quizás agregado: “el que cree y persevera en buenas obras”, o: “el que cree y se cuida de no volver al pecado”; pero vemos cómo lo reafirma el Señor: “*De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.*” (6:47). Si hemos creído en Jesucristo como Salvador, ciertamente tenemos vida eterna, la cual (como hemos visto antes) es la propia vida de Dios; todo lo eterno es lo propio de Dios. Si Dios nos da vida eterna por medio de la fe en Su Hijo, entonces la vida que hemos recibido de Él no tiene principio ni fin, sino que ahora el creyente vive, ya no por una vida temporal o infinita, sino por la propia vida de Dios. Por esto, la verdadera pregunta no es si podemos

perder la vida eterna, una vida que no tiene principio ni fin, sino si realmente hemos creído en el Hijo de Dios para ser constituidos herederos de la vida eterna.

Hijos de Dios

Al oír estos argumentos, no son pocos los que se escandalizan, pues se preguntan: ¿Cómo puede uno ser cristiano, ser salvo, y luego vivir una vida de pecado, y seguir conservando esa salvación sin sufrir ninguna consecuencia? Muchos cristianos genuinos tienen estas preguntas en sus mentes y corazones, y muchos maestros han argumentado en contra o a favor en este tema. Aun otros sufren preguntándose si ya perdieron su salvación o si pueden llegar a recuperarla.

El apóstol Juan escribió en su Primera Epístola: *“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.”* (1 Jn. 5:13). Este es un mensaje de Dios de gran utilidad al creyente genuino que quiere tener seguridad de su salvación. Lo que Juan escribió es de testimonio para que podamos evaluarnos a nosotros mismos, a fin de saber si estamos o no en la fe que lleva a la vida eterna. Para tener un esquema claro, examinaremos 5 de estos testimonios en esta Epístola.

1. Reconocer nuestros pecados

Una de las primeras evidencias de las cuales nos habla Juan para saber que tenemos vida eterna, es que un hijo de Dios no oculta que es pecador: *“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en*

nosotros.” (1 Jn. 1:8). Aquellos que carecen de la vida divina no reconocen su pecado, y aun cuando son conscientes de sus faltas, procuran ocultarlas o minimizarlas; no así el verdadero creyente. “*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.*” (1:9); él está presto para reconocer, no sólo su pecado, sino también a Jesucristo, como el Verdadero, Fiel y Justo, por quien su pecado puede ser perdonado al reconocer su transgresión e insuficiencia, para ser también purificado de su maldad, por medio de Cristo.

2. El testimonio del Espíritu Santo

El que tiene vida eterna tiene el Espíritu de Dios. “*En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.*” (1 Jn. 4:13). Y es guiado por Su Espíritu (Ro. 8:14). Es por el Espíritu de Dios que recibimos el testimonio de que somos sus hijos (8:16), y “*...por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!*” (8:15). Esta es una de las pruebas más maravillosas de la vida eterna que hemos recibido en Dios, y nuestra mayor garantía de la promesa firme e indisoluble que hemos recibido en Dios en cuanto a su eterna salvación (Ef. 1:13-14). Todo verdadero creyente es consciente de esta realidad; ya no es sólo que su conciencia le acusa cuando peca, sino que el mismo Espíritu Santo le contrista cuando lo hace (Ef. 4:30), y siempre está con el creyente para guiarle y recordarle las benditas Palabras de su Salvador (Jn. 16:13).

3. Una vida de obediencia

También sabemos que tenemos vida eterna cuando, como

fruto de Su vida, andamos en obediencia: “*Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.*” (1 Jn. 2:3). En el Evangelio de Juan (17:3) se nos dice que la vida eterna consiste en conocer al “...*único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.*” Y ahora, en su Primera Epístola, Juan nos dice que podemos estar seguros de que le conocemos y tenemos vida eterna si guardamos Sus mandamientos. Debemos notar que la obediencia, y sus obras resultantes, no son aquí el requisito para tener vida eterna, sino el resultado de tenerla. Así como el tener la vida del viejo Adán resulta en una humanidad desobediente, llena de rebelión y pecado, la vida de Dios en el Nuevo Adán, que es Cristo, resulta en una vida que capacita al creyente para la obediencia a Dios. Juan también nos reafirma que el que guarda la Palabra de Dios puede tener seguridad, pues el amor de Dios se perfecciona, es decir, se demuestra, dándonos seguridad de que estamos en Él (1 Jn. 2:5). Una vida de obediencia, que aunque no sea perfecta, se va perfeccionando y va en crecimiento, caracteriza la vida del creyente, como Juan lo dice concluyentemente: “*El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.*” (2:6).

4. Amor por los hermanos

Así como una vida de obediencia es una marca distintiva de un verdadero hijo de Dios, lo es también el amor por aquellos que, como él, tienen el Espíritu Santo y forman ahora parte de una sola familia, la familia de Dios. “*Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte.*” (1 Jn. 3:14). El que ama a su hermano, lo cual debe ser no sólo de palabras, sino también en hechos (versos 17-18), tiene

vida eterna; esto es algo que no podemos forzar o fingir, que viene de la nueva realidad, de una nueva vida regenerada en Cristo, quien no sólo espera que le amemos a Él, sino que también nos manda: “...*El que ama a Dios, ame también a su hermano.*” (4:21). Pues en el hecho de que Dios envió a Su Hijo es cómo conocemos Su amor (Jn. 3.16), con el cual nos amó dando Su vida para salvarnos, dándonos ejemplo de cómo amar a nuestros hermanos.

5. Una vida que crece en pureza y santidad

Aquellos que han nacido de Dios pueden estar seguros de que no sólo sus pecados han sido perdonados, sino que un día, ciertamente, se presentarán delante de su Señor (1 Jn. 3:2). “*Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.*” (3:3). Y esta es justamente una de las señales que nos dan seguridad de la vida eterna que hemos recibido. Una persona no salva es persistente en pecar, en la desobediencia, en la falta de amor por los hijos de Dios; en contraste, el creyente es persistente en un crecimiento, tanto en pureza como en santidad. El cristiano no es perfecto, pues ya vimos que también peca, pero su vida estará caracterizada por una santificación creciente, y no por una práctica continua del pecado (1 Jn. 3:9).

Estos son algunos de los testimonios que nos da esta epístola para que sepamos que tenemos vida eterna en Dios, diciéndonos finalmente que no es una vida perfecta, sin ninguna mancha, la que nos da la seguridad de la vida eterna: “*El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que*

Dios ha dado acerca de su Hijo.” (1 Jn. 5:10). Es la fe verdadera en el Hijo de Dios, conforme al Evangelio, la que nos da entrada a la vida eterna, “...y esta vida está en su Hijo.” (5:11).

Si estamos fallando en alguna de estas garantías que el Señor nos da para saber que tenemos Su vida, o vemos que no cumplimos perfectamente alguna de ellas, no debemos pensar de inmediato que no somos salvos, pues el creyente va en un avance progresivo en la vida eterna que ha recibido; mejor aún, debemos ocuparnos más en nuestra santificación y piedad. Pero aquellos que, examinándose, ven que todo el testimonio apunta en su contra, entonces sí deben buscar arrepentirse de sus pecados, y poner su fe en el Hijo de Dios para entonces ser salvos.

Conclusión

El Señor Jesucristo es nuestro Buen Pastor, y podemos estar seguros que como Él mismo enseñó: “*Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen...*” (Jn. 10:27), Él nos conoce, a los que somos suyos, y los suyos conocemos Su voz, y que por Su Espíritu nos guía, y Él nos da la verdadera vida: “...y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” (10:28). Él nos da la seguridad de la salvación eterna con la cual nos ha redimido, por lo cual nuestra confianza no está en que nuestra mano se aferra con fuerza suficiente a la de nuestro Señor, sino en que Él es quien nos tiene en Su mano con firmeza inquebrantable, y nadie nos podrá arrebatar de ella, ni de la mano de Su Padre (verso 29). La salvación eterna de Dios es segura para todo el que realmente se ha arrepentido de sus pecados y ha puesto su fe

en Jesucristo, abrazando la gracia abundante de nuestro Dios.

Anímese a leer toda la Primera Epístola de Juan, examínese a la luz de las Escrituras para ver si está en la fe (2 Co. 13:5), y confíe en su suficiente Salvador. “*Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.*” (Ro. 10:11).

Alberto Rabinovici

.....

El hombre nacido de nuevo

“El hombre que es nacido de nuevo o es regenerado cree que Jesucristo es el único Salvador que puede perdonar su alma, que es la Persona Divina designada por Dios el Padre justamente para este propósito, y fuera de Él no hay ningún Salvador. Se considera indigno, pero tiene plena confianza en Cristo, y confiando en Él, cree que todos sus pecados han sido perdonados; cree que, porque ha aceptado la obra consumada de Cristo y la muerte en la cruz, es considerado justo a los ojos de Dios, y puede encarar la muerte y el juicio sin temor.

Procura no sólo evitar el pecado, sino también todo lo que pueda llevarlo a él. Es cuidadoso de sus compañías. Sabe que las comunicaciones impías corrompen el corazón, y que el mal es más contagioso que el bien, así como una enfermedad puede ser muy contagiosa. Es cuidadoso en cuanto al uso de su tiempo; su anhelo principal es usarlo con provecho. Anhela vivir como un soldado en territorio enemigo, usar continuamente su armadura y estar preparado para la tentación. Es diligente en ser un hombre vigilante, humilde y de oración.”

J. C. Ryle

PASAJES DIFÍCILES SOBRE LA SALVACIÓN

Los cristianos y la salvación

La salvación es quizá uno de los temas más importantes en las páginas del Nuevo Pacto, y no sólo importante, sino también controversial. Cuando un cristiano hace una lectura de su Biblia, se puede encontrar con algunos pasajes que, leídos rápidamente, y sin un conocimiento pleno de la revelación bíblica acerca de la obra de Cristo en la cruz, pudiera parecerle que estuviesen diciendo que la salvación puede perderse. Es por esa causa que en el cristianismo existen dos escuelas de interpretación relacionadas con la salvación: Una enseña que la salvación se pierde, y la otra afirma que la salvación no se pierde. Es necesario que los cristianos estemos bien fundamentados en este tema tan crucial para tener una plena confianza en la seguridad de la salvación.

En este artículo veremos algunos pasajes de la Escritura que un sector del cristianismo ha utilizado errónea e ilegítimamente para afirmar que se puede perder la salvación.

Los que recayeron

“Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu

Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio.” (He. 6:4-6) ¿Significa esto que los cristianos pueden perder la salvación? ¿Indica esto que los que caen no se pueden arrepentir? Iniciaremos diciendo que la epístola se refiere a estas personas con características de un nacido de nuevo:

- Habían experimentado “*arrepentimiento*” (v. 6).
- Fueron “*iluminados y gustaron del don celestial*” (v. 4).
- Eran “*partícipes del Espíritu Santo*” (v. 4).
- También “*gustaron de la buena palabra de Dios*” (v. 5).
- Y gustaron de “*los poderes del siglo venidero*” (v. 5).

Ahora leamos la parte final del capítulo 5, versículo 14, donde el escritor de la epístola dice que muchos que ya debían comer alimento sólido, aun tomaban leche, o sea, que deberían ser maestros, pero aún eran niños. Estos creyentes no progresaban en la vida cristiana, aún permanecían inmaduros. Por esa causa, el capítulo 6 inicia diciéndoles: “*Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección...*” En esta introducción vemos claramente que el escritor no está hablando de la salvación, sino del camino de la madurez, de la perfección; no está diciendo a los receptores originales de la carta cómo ser salvos, sino cómo progresar en la vida cristiana. Seguidamente, les dice en el mismo verso: “*...no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno.*” (He. 6:1-2). El fundamento ya había sido echado, no había necesidad de colocarlo otra vez.

Como ya vimos las características de aquellos a quienes se refiere el escritor, pasemos a considerar por qué los que *recayeron* ('recaer' literalmente significa 'caer al lado de') no pueden ser *renovados para arrepentimiento*. En el verso 6, la palabra recaer, en el contexto del capítulo, se refiere al retroceso de algunos creyentes en lo relacionado con la fe. Según el entorno de la epístola, puede referirse a cristianos que vuelven incluso a las prácticas del judaísmo, deteniéndose para ellos el crecimiento espiritual hacia la madurez, y dejando de lado el progreso en el conocimiento más perfecto de la fe. En el camino del creyente tendrán lugar muchas caídas; el escritor está señalándonos que ésta era una de ellas, colocando un ejemplo hipotético de alguien que llegara a tropezar.

Sigue diciendo que para éstos que recayeron es imposible que "*sean otra vez renovados para arrepentimiento*." Recuerde, esta palabra 'arrepentimiento' debemos entenderla desde la perspectiva del capítulo. Estas personas habían experimentado el arrepentimiento, que es uno de los rudimentos de la doctrina de Cristo. Así que, arrepentimiento aquí no significa que una persona que ha creído en Cristo, que ha sido bautizada, que ha entendido el juicio venidero, las verdades de la resurrección y se ha arrepentido de obras muertas, deba arrepentirse nuevamente de lo que ya se ha arrepentido anteriormente. Dicho de otra manera, una persona que es bautizada, no puede ser bautizada de nuevo; que ha creído en el juicio venidero, no puede tratar de creerlo de nuevo. Quiere decir que ningún verdadero creyente, aunque caiga, puede ser renovado para salvación, porque ya es salvo, y en ningún modo, siendo salvo, puede perder la salvación.

Entonces, entendemos que el hecho de que es “*imposible*” que se arrepientan otra vez, indica que no necesitan arrepentirse nuevamente, porque ya lo hicieron una vez, y eso es todo lo que se necesita para la eterna redención (He. 9:12). Sigue diciendo Hebreos 6:6: “...*crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio.*” Si estos creyentes tuviesen que arrepentirse nuevamente para ser salvos, estarían enseñando que Cristo tendría que morir nuevamente en la cruz por ellos. En otras palabras, si tuviesen que renovar su arrepentimiento, si hubiese necesidad de volver a la salvación inicial, eso equivaldría a reproducir el sacrificio de Cristo en el Calvario, con la impresionante dimensión de la cruz, crucificando de nuevo al Hijo de Dios, al Señor de la Gloria, lo que supondría exponerlo una vez más al vituperio, a la ignominia y a la vergüenza pública ;Tal cosa es absolutamente imposible!

Concluimos que estos cristianos ya pusieron el fundamento en el instante mismo del ejercicio de la fe en Cristo. Si recaen o vuelven atrás, no tienen necesidad de que echen otra vez el fundamento; lo que necesitan es proseguir hacia la madurez. Este pasaje no enseña que la salvación se pierde, sino que los cristianos que caen, no se pueden arrepentir para salvarse de la condenación, porque ya lo hicieron una vez.

¿Será salvo el que persevere hasta el fin?

Consideremos otro pasaje que es utilizado fuera de contexto. “*Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.*” (Mt. 24:13). ¿Enseña en realidad este pasaje que un creyente que no persevere hasta el fin, se perderá? Observemos primero el

contexto en el cual fue dada esta frase. En el inicio del capítulo 24, los discípulos deseaban saber qué señales advertirían al pueblo de Dios de la Venida de Cristo y de la consumación del siglo; por eso le preguntan al Señor: “¿...qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” El pasaje, en su contexto (Mt. 24:4-12), habla sobre la terrible situación que tendrá lugar en los últimos tiempos: habrá persecuciones para los seguidores de Cristo, tropiezos, aborrecimiento, odio y traición de muchos, la manifestación de falsos profetas, la anarquía, el enfriamiento del amor. Esa será la situación que domine a las gentes previamente a la Segunda Venida de Cristo a la Tierra. Ese es el trasfondo en el cual el Señor pronuncia las palabras del verso 13. En el contexto inmediato, el verso 12 nos muestra la situación en la cual los discípulos deben perseverar; leámoslo: “...y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará.” Este sustantivo significa ‘sin ley’, o sea que aumentará la falta de respeto hacia las leyes que Dios estableció, y con esto habrá una desestabilización en la sociedad, con ausencia de paz y tranquilidad. Esto dará como resultado el enfriamiento del amor, o sea, una disminución del amor. Seguidamente, el verso 13 inicia diciendo: “Mas...”, significa que se está contrastando la anarquía y la falta de amor del verso anterior, con lo que sigue: “...el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.” Esta misma frase aparece en Mateo 10:22, en el contexto de persecuciones. Observe, apreciado lector, que esta frase “el que perseverare hasta el fin”, no se está refiriendo al final de un período de tiempo, sino a ser capaz de resistir hasta lo máximo que pueda soportar. Es muy importante entender el significado en griego de la palabra ‘perseverare’ para conocer su significado en el verso. En griego es ‘hypoméno’, que denota la idea de quedarse soportando en un

lugar, en vez de abandonarlo; el sentido aquí en estos pasajes es el de permanecer bajo la presión del odio de otros. Cristo llama a los creyentes a mantenerse firmes en la fe a pesar de las pruebas, odios y persecuciones que vienen a los hijos de Dios por amor a Su Nombre. La perseverancia es “*hasta el fin*”. Según el contexto, se refiere al final del tiempo en que se manifiesten las persecuciones y el odio. El perseverante hasta el fin, “*éste será salvo.*” Significa que será salvado o librado de las tribulaciones que estén viviendo los cristianos en ese período. En este caso, significa ser preservado de la persecución. La perseverancia no es la causa de la salvación, sino la evidencia de la misma. Si tomamos aisladamente este verso, podría parecer que éste indica que la salvación puede ser ganada. Pero los que conocemos la obra de Cristo en la cruz sabemos que no significa eso, pues las Escrituras siempre presentan la salvación como un don de gracia que se toma por la fe (Ef. 2:8-9). La palabra salvación en la Biblia no siempre significa ser salvos de la condenación eterna. En este caso significa ser preservado de la persecución. Concluimos, entonces, que la perseverancia es la marca distintiva de los que genuinamente han sido salvos.

¿Cómo escaparemos si descuidamos la salvación?

Examinemos otro verso de la Biblia. “... *¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron...*” (He. 2:3). Si descuidamos la salvación, ¿se puede perder? Iniciaremos diciendo que el escritor de la epístola no está hablando de la pérdida de la salvación. Si consideramos el contexto de este pasaje, veremos que el

tema del que viene hablando es la salvación dada en la Tierra, proclamada en el Evangelio, no por un ángel, sino por el Señor Jesucristo en persona. Debido a esto, no debemos pecar tratando la salvación con ligereza, pues el creyente, cuando tiene en poco la salvación dada por la obra del Hijo de Dios, se expone a sanciones más terribles que aquellas que estaban registradas en la Ley. Por esa causa, el escritor hace una pregunta retórica: “¿Cómo escaparemos nosotros, teniendo en poco una salvación tan grande?” (Biblia Textual). En otras palabras, ¿cómo escaparemos de la retribución, si menospreciamos esta salvación tan grande? Aquellos que menospreciaron las palabras dadas por los ángeles recibieron justa retribución (v. 2). ¿Cómo se evitará que Dios intervenga a través de juicio sobre los desobedientes? Los hombres en la antigüedad fueron disciplinados, aun cuando el mensaje a ellos no fue tan completo como el que nosotros hemos recibido. Esta plena salvación inicia con el perdón de nuestros pecados y llega a la participación del majestuoso Reino Venidero. Esta salvación, “*la cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor*”, confirma aún más que el tema central del pasaje no es la pérdida de la salvación, sino la disciplina para aquellos que tengan en poco, y descuiden la gloriosa salvación anunciada en el mensaje del Evangelio, primero, por el propio Señor Jesucristo, y luego, por aquellos que lo oyeron y fueron sus testigos, dando testimonio de ella, según la dirección del Espíritu Santo.

¿Por qué dicen: “Señor, Señor”?

Ahora consideremos otro texto: “*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la*

voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” (Mt. 7:21-23). ¿Son una referencia estos versos a creyentes nacidos de nuevo que pierden su salvación? Examinémoslos. Para comprender este pasaje debemos conocer el contexto general e inmediato. El contexto general lo podemos ver en el capítulo 5, en lo que llamamos el “Sermón del monte”; y el contexto inmediato está en el capítulo 7, versos 13 al 27, donde el Señor habla de los dos caminos (vv. 13-14), los dos árboles (vv. 15-20), las dos profesiones de fe (vv. 21-23) y los dos constructores (vv. 24-27). En el verso 15 el Señor exhorta a los discípulos a cuidarse de los falsos profetas que vienen vestidos como ovejas, pero en realidad, internamente, son lobos rapaces. De ellos se hace la descripción en los versos 21 al 23. El Señor no va a hablar de creyentes genuinos nacidos de nuevo, va a describir a aquellos que tienen una falsa profesión de fe, es decir, sólo profesan creer externamente en el Señor, pero sin la realidad de la fe. Jesucristo el Señor está indicando que busca verdaderos discípulos, que no sólo profesen creer en Él, sino que demuestren por su vida la realidad de su fe. Por ello dice: “*No todo el que me dice...sino el que hace*”, esa es la evidencia de una genuina conversión: la inclinación a hacer la voluntad de su Señor. Continúa el Señor diciendo: “*Muchos*”, este adverbio indica los muchos del camino ancho (v. 13), que no entran por la puerta estrecha. “*Muchos... en aquel día*,” esta palabra en este contexto tiene una connotación escatológica, es decir, relacionada con el Día del Juicio. Ese Día se abrirá el Libro de la Vida, y no aparecerán los nombres

de los meros profesantes religiosos; sólo aparecerán escritos los que hayan sido salvos por gracia mediante la fe. El Señor describe el encuentro que tendrá con los falsos maestros en aquel Día, cuando éstos tratarán de defenderse ante Él, llamándole “*Señor, Señor*” (v. 22); además, le reclamarán haber hecho obras en Su Nombre.

Recuerden que hubo muchos falsos maestros que profetizaron en el nombre del Señor, pero nunca fueron salvos; entre ellos tenemos: Balaam (Nm. 23 y 24) y Caifás (Jn. 11:51). Hubo falsos profesos que echaron fuera demonios, como Judas Iscariote (Lc. 9:1). Pero no hay evidencia alguna en las Escrituras de que ellos fueran salvos. Estos falsos profesos utilizaron el nombre del Señor, pero la verdad es que Él nunca los envió a hablar en Su Nombre (excepto a Judas Iscariote, que era uno de los doce, quien lo traicionó; Lc. 9:1-6)

El Rey-Juez, después que los oiga en su defensa, les declarará: “*Nunca os conocí*”. Cristo ni por un momento llegó a conocerlos. El Señor reconoce que nunca tuvo ninguna relación espiritual con ellos. Conocer, en este contexto, tiene que ver con una relación íntima de vida; ¡Y ellos no habían nacido de nuevo! Dios habla de la relación con aquellos que conoce, y la vida que éstos muestran por el conocimiento que tienen de Él. Así lo dice Pablo: “*Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.*” (2 Ti. 2:19). Este conocimiento y separación de la iniquidad estaban ausentes en esos falsos profesos. Finalmente, el Señor da su sentencia judicial: “*Apartaos de mí, hacedores de maldad.*”

Ellos no habrán experimentado el nuevo nacimiento, por tanto, sus obras serán de iniquidad guiadas por la naturaleza pecaminosa no regenerada. La forma verbal de la palabra *hacedores*, sugiere un carácter constante, es decir, estar constantemente obrando iniquidad. Ellos nunca dejaron de obrar iniquidad, porque nunca dejaron de ser inicuos.

Concluimos que Cristo se está refiriendo, no a creyentes, nacidos de nuevo, sino a meros falsos “profesantes de fe”, que nunca tuvieron una relación vital, por la fe, con Jesucristo.

Siempre ocupados en la salvación

Finalizamos este artículo con este último verso. “*Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor...*” (Fil. 2:12). ¿Enseña este pasaje que el creyente que no se ocupa en su salvación la puede perder? Contextualicemos el pasaje: Pablo, en los versos 5 al 8, presentó la humillación de Cristo como ejemplo de obediencia. Ahora, en base a ese ejemplo, le está pidiendo a la asamblea en Filipos que sigan practicando la obediencia a Dios. La frase “*como siempre*” indica que los filipenses habían dado pruebas de su amor al Señor al guardar Su Palabra. Estaban siguiendo las pisadas de Cristo, quien “*se hizo obediente hasta la muerte*”. El sacrificio de Cristo tiene un valor práctico porque nos ayuda a vivir de acuerdo con ese ejemplo. Es en ese sentido que les escribe “*ocupaos en vuestra salvación.*” Debemos aclarar que Pablo, en ningún momento, sugiere que la salvación se obtiene por medio de las obras; tampoco está hablando de una caída del cristiano, de la gracia. ¿Cuál es el sentido de

la frase “*ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor*”? Para interpretar correctamente este pasaje, la clave es analizar el verbo ‘*ocupaos*’; la forma verbal de esta palabra indica un mandamiento, y está en tiempo presente, eso hace referencia a una acción constante. Se podría traducir como lo hace A.T. Robertson: “Obrad hasta lo último” o “trabajad hasta el fin”. Esto expresa la idea de un trabajo o una tarea a realizar. El creyente deber tener, como máxima ocupación, el obrar en favor del progreso de la salvación que le fue otorgada en el mismo instante en el cual él ejerció la fe. Debe progresar en vivir la salvación con una vida de santidad en la práctica, una vida que glorifique el nombre de Dios aquí en la Tierra, pues eso fue lo que el Señor Jesucristo hizo, y fue explicado por Pablo en los versos 5 al 11, hasta que el Padre nos exalte por medio de un cuerpo resucitado, como lo hizo con Su Hijo (Fil. 3:21). Llevaremos esta salvación hasta el final, obedeciendo a nuestro Dios con temor y temblor. Recuerde, estimado lector, el que es de Cristo ha recibido la salvación por la fe; ahora debemos vivir esa salvación en obediencia. En conclusión, este verso no habla de la pérdida o ganancia de la salvación, sino de vivir en obediencia a Dios, teniendo como ejemplo de obediencia suprema al Señor Jesucristo.

Conclusión

Podemos concluir que debemos tener en cuenta varios aspectos en la interpretación de pasajes difíciles.

- Debemos aplicar una recta y sana hermenéutica en la interpretación de cualquier texto de la Palabra de Dios, para así conocer su significado y la aplicación correcta.

- También podemos decir que la palabra ‘salvación’ tiene varios significados en la Biblia; por ello es necesario estudiar cada pasaje en su contexto, para darnos cuenta a qué tipo de salvación se está refiriendo el autor sagrado. Unas veces puede significar ser liberado de persecuciones, de aflicción, de la cárcel, de la muerte; otras veces, ser librado de la condenación eterna; otras, ser salvos de la presencia del poder del pecado; otras veces señala la vida abundante en Cristo; y otras, la esperanza de la vida venidera.
- Para que podamos entender bien el tema de la salvación, de qué tipo de salvación está hablando el autor del libro bíblico en estudio, el significado en cualquier caso particular ha de ser determinado por el análisis de las palabras en su contexto, tanto de la Biblia como de dicho libro.

Jhair F. Díaz

.....

“Nuestra comunión no debe ser natural o religiosa, ni mucho menos solamente social. La verdadera comunión incluye estímulo hacia la santidad, consagración y crecimiento espiritual. Si mis hermanos no me acercan a Dios y Su Palabra, no se diferencian en nada de las personas que tengo alrededor del mundo.”

Pablo David Santoyo

ARGUMENTOS SOBRE LA PÉRDIDA DE LA SALVACIÓN

Las discrepancias entre cristianos sobre ciertos temas son una realidad, ya que sobre un mismo tópico pueden existir numerosas opiniones, tantas que se podría llegar a pensar que jamás habrá un acuerdo entre ellos. Sin embargo, se puede descansar en el hecho de que es el Señor mismo quien edifica Su iglesia y que, ciertamente, de estas diferencias de entendimiento también se encargará Él. Pero es importante decir que, ante tales discrepancias, se debe tener una posición conforme a lo que la Escritura enseña e instruye.

Entre los muchos temas que generan diferencias entre los creyentes, se halla uno sobresaliente: El tema sobre la pérdida de la salvación. En cuanto a éste, hay quienes sostienen que la salvación no se pierde, pero también hay quienes están convencidos de la pérdida de la salvación. De este segundo grupo se puede hacer una breve clasificación:

1. Los autoritarios

Grupo generalmente conformado por líderes, predicadores, pastores y otros, quienes utilizan la enseñanza de la pérdida de la salvación para infundir miedo, tomando algunos versículos aislados de la Biblia, y estructurando un

andamiaje, sobre el cual son tan insistentes, que hacen que su audiencia tenga continuo temor de perder la salvación, o incluso, no tenga certeza de poseerla. Tristemente, esto tiene un trasfondo que descansa en asuntos financieros, cuyo fin es sustentar “ministerios” y “obras” de la carne, que buscan el gozo y deleite (temporal, por supuesto) de aquellos que ostentan posiciones de “autoridad”.

2. Los ingenuos

Grupo de personas en medio del pueblo cristiano que se quedan fijados en lo primero que escucharon. Por ejemplo, si al comienzo de su vida de fe escucharon: “Hay que diezmar”, entonces lo dan por sentado, y se cierran a cualquier otra opción. Otro ejemplo: Si escucharon: “Las mujeres no deben cortarse el cabello”, entonces, siquiera ponerlo en duda, les resulta una gran ofensa. En este grupo hay todo tipo de posturas y creencias, no sólo en lo relacionado con la pérdida de la salvación. Son realmente pocos aquellos que, sin importar lo que escucharon al principio, continuamente vienen a la Fuente, a los pies de Cristo, para escuchar Su voz, para consultarle y replantear su posición sobre diversos asuntos, buscando tener la seguridad de estar marchando bajo Su preciosa instrucción.

3. Los legalistas

Grupo de cristianos que concluyen que otros tuvieron que haber perdido la salvación, debido a que no hallan coherencia entre su confesión de fe y el hecho de que, pasado el tiempo o alguna circunstancia, han tropezado

o se han alejado para volver al mundo, apostatando. Este grupo censura a aquellos que obran de manera diferente a sus criterios de comportamiento, y establecen parámetros dentro de los cuales sólo aquellos que los cumplen están amparados por la salvación; por tanto, todo aquel que difiere de su forma de pensar y de actuar, pierde la salvación. Estos son cristianos influenciados por un espíritu legalista, es decir, enfatizan un sistema de reglas y reglamentos. Sin embargo, en medio de este grupo también se encuentran quienes sinceramente se preocupan y se duelen por aquellos que han abandonado la fe.

4. Los indoctos

Grupo de cristianos que son sinceros, pero que no tienen plena certeza de si la salvación es eterna o no, porque su conocimiento de las Escrituras es insuficiente y/o llevan poco tiempo en el camino con el Señor. Pueden ser personas que, a pesar de haber conocido al Señor, aún son presa de pecados que les avergüenzan, y sufren en su lucha en los primeros y más contundentes pasos hacia la santificación. No quieren decepcionar a Cristo, pero confían en sus propias fuerzas para ser aceptos y agradables al Señor. Creen que Él los salvó, pero que deben, por ejemplo, circuncidar su carne (es decir, obrar para salvación), y no su corazón, o se perderán para siempre.

Dentro de estos grupos varía la manera de defender la postura frente al tema. Así vemos que para los legalistas y los indoctos, aquellos que tienen un conflicto o una sincera dificultad, están más dispuestos a contrastar su entendimiento del tema a la luz de la Escrituras.

Múltiples argumentos sustentan la pérdida de la salvación, pero generalmente están enmarcados en estos cuatro grupos. Se destaca el grupo de los legalistas, dentro del cual algunos se consideran dignos de salvación y capaces de señalar a aquellos que, a su juicio, no son salvos.

Algunos aspectos para tener en cuenta

Para resolver cualquier diferencia doctrinal entre cristianos, debe tenerse siempre presente lo que Dios dice en Su Palabra: *“La suma de tu palabra es verdad...”* (Sal. 119:160). A menudo, la discusión se centra en los versículos que son polémicos, “oscuros” o en aquellos de difícil entendimiento, por lo que es necesario que dichos versículos sean aclarados por el Espíritu Santo a la luz de toda la Biblia. Sin embargo, en la intención de sustentar una doctrina basada en diferentes versículos bíblicos, se suele pasar por alto algunas porciones de las cuales se podría pensar que no están muy relacionadas con el tema tratado. De esta forma estamos fraccionando en nuestro entendimiento la centralidad de Cristo en toda la Biblia, y la conexión que cada palabra escrita tiene con Él.

A continuación, se presentarán algunas porciones bíblicas que pueden traer mucha paz al alma que sinceramente busca al Señor (grupo de los indoctos), o a aquella que ha sido afectada por funestos testimonios de algunos que se confiesan cristianos, tales como los legalistas. Al añadir estas porciones de las Escrituras, el entendimiento puede ampliarse y empezar a acostumbrarse a tener en cuenta cada porción bíblica como parte de un todo inseparable e inalterable. De esta manera entonces, trátase el tema que se trate, dejará de tenerse en

cuenta sólo un contexto o una palabra clave, y se empezará a unir todo en un mismo hilo con “la suma de la Palabra”.

¿Puede un padre dejar de ser padre?

Isaías 49:15-16 dice: *“¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo (Dios) nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida...”* ¿No es esta Palabra muy reveladora de lo que hay en el corazón de Dios? No puede omitirse este versículo de una hermenéutica responsable y neutral. ¿Acaso de la abundancia del corazón no habla la boca? (Mt. 12:34). Y esto, ¿no se aplicará para Dios mismo? Cuesta pensar en mujeres que olviden lo que han dado a luz; incluso aquellas que han abortado voluntariamente, intentan de muchas maneras justificar su acto y descargar su conciencia (excepto aquellas que posteriormente han conocido a Cristo y ahora tienen paz), y aunque éstas olviden, ¡Dios no lo hará! ¡Nos tiene esculpidos en las palmas de Sus manos! El cristiano piensa en sí mismo desde que tiene conciencia. Dios, sin embargo, ha pensado en nosotros desde antes de la fundación del mundo. De entre todos los millones de personas que han muerto en la niñez, la juventud, por guerras y enfermedades, Dios ha cuidado de nuestra ascendencia en miras a la existencia nuestra, sabiendo que le conoceríamos y que le perteneceríamos. ¿Habría de hacer todo esto para que al final nos dejase perder de nuevo? Dios, con perfecta paciencia, ha esperado el momento en que seríamos de Él, así como la mujer que anhela tener un hijo, recibe la noticia de su embarazo y espera con ansias el momento de dar a luz. Una vez nacidos, el Señor no nos dejará perder. Nuestro

Señor ha pagado un precio muy alto para después dejarnos perder nuevamente por nuestra insensatez. Por torpe que sea no se extraviará el que anda por este Camino (Is. 35:8).

Añadir a la obra redentora

El ser humano es absurdo y pretencioso. Es parte de su naturaleza caída creer que por sus propios medios puede sumar algo a la salvación que Dios le ofrece. Hay una triste, pero tajante realidad: Le gusta la salvación de Dios, pero le disgusta la idea de no tener mérito alguno para obtenerla; busca entonces una manera sutil (y muy perjudicial, por cierto), para añadir lo propio a la obra redentora del Señor. Ignora totalmente la intención de la Ley de Dios de exponer su pecaminosidad, de mostrarle que lo único que necesita es a Dios, y que el Único que puede salvarle totalmente es Dios. Pero insiste en participar, quiere tener un poco, algún porcentaje, algo del crédito. Esto es un trasfondo muy importante en la doctrina de la pérdida de la salvación; es decir, hacer (o no) es determinante de si se es o se permanece salvo.

No se anula con esto la libertad que tiene el hombre para recibir, y no rechazar, la salvación ofrecida por Dios en Su Hijo, el Señor Jesucristo, ni tampoco su responsabilidad una vez sea salvo. Lo que se quiere decir es que para que el hombre sea salvo sólo debe creer, porque en sí mismo no tiene nada que hacer ni nada que ofrecer. La justicia de Dios sólo puede ser satisfecha por Él mismo.

Si la salvación se perdiera no sería salvación

Si la salvación se perdiera, todos la perderían; y si se volviera a ganar, ninguno la ganaría. Si así sucediera, se desmoronaría el Evangelio ¡Cómo se necesita entender esa expresión que en agonía nuestro Señor y Dios dijo: “*Consumado es!*” (Jn. 19:30). ‘Jesús’ significa ‘Dios salva’. De entre todos los nombres con los cuales Dios es mencionado en las Escrituras, el Padre escogió para Su Hijo éste precisamente. En las Escrituras encontramos muchos nombres de diferentes personajes haciendo alusión a lo que Dios es; entre ellos tenemos: Daniel: Dios es Juez; Abel: Dios es Padre; y otros. Hay, pues, muchas maneras en las que Dios mismo se presenta, y muchas de sus características se hallan plasmadas en los nombres de muchos hombres. ¿Elegiría Dios un nombre que no fuese contundente y digno de ser recordado eternamente? Meditemos y gocémonos en el nombre de Jesús.

Paz que descansa en la confianza

En el Evangelio de Juan se lee la expresión: “*La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.*” (Jn. 14:27). ¿Podría el pueblo de Dios en verdad tener paz al saber que está en riesgo la salvación, al creer que podría ser arrebatado de la mano del Señor para pasar la eternidad en el infierno? El Señor a los suyos dejó Su paz. ¿Se entiende? ¿Se cree? Por nada sus hijos deben dejar que esa paz les sea robada. Muchos cristianos viven su cotidianidad, no con “temor reverente”, sino con continuo miedo. Piensan: “Pequé, está en riesgo mi salvación” ¡Están cargados y atribulados! Desconocen

el poder de la Sangre derramada para limpiar sus pecados confesados, y aun sus conciencias. Si la vida cristiana no nos diese esa paz, que no sólo es de parte de Dios, sino que es la misma paz en la que Dios vive, entonces la persona pudiese pensar en que le hubiese sido mejor no haber conocido esa “salvación”. Mejor sería estar en el mundo y en su locura que en las manos del Dios que nos da conciencia de Sí mismo, para luego mantenernos en tortura por nuestra debilidad. Si así fuese, el mayor acto de amor demostrado en aquella cruz del Calvario, la más asombrosa obra jamás realizada, perdería su eterna gloria. Mas ¡cuán grandioso es nuestro Dios que nos da salvación y paz eterna en la única base de la obra consumada de nuestro Señor Jesucristo!

Al recordar la oración del Señor, en Juan 17:12, se puede tener plena confianza en Él: *“Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera.”* Evidentemente, Judas, el hijo de perdición, nunca nació de nuevo. Si David defendía a sus ovejas del oso y del león arriesgando su propia vida, ¿no defenderá, guardará y preservará Cristo para siempre a las suyas? Él es el Buen Pastor. Quien haya creído de todo corazón, tenga paz, pues es de Cristo.

Si el Señor no perdió ni un pan

Cuando el Señor multiplicó los panes y los peces demostró su infinito poder, y que podía hacerlo cuantas veces fuera Su voluntad, y que el alimento que proveía para los presentes no dependía de Sus recursos económicos. En ese contexto, dijo

algo glorioso. “Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: *Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.*” (Jn. 6:12). ¿Era necesario recoger los pedazos? ¡No! El Señor podía seguir multiplicando de ahí en adelante todo cuanto hubiese querido, así como pudo haber dejado al hombre perdido y volver a crear. Pero Él no es así, Sus palabras lo demuestran. No le agrada perder ni un pan ¿Cuánto más el Señor no hará (y ha hecho ya) para recoger nuestros pedazos? Si el Señor da importancia y valor a un pan, mucho más a nosotros, por quienes no dejó de derramar cada gota de Su preciosa sangre.

¿Sí ve el corazón de Dios? Él creó con amor, Él creó para vida, y no para muerte, Él no se alegra en la pérdida. Aquí tenemos un escenario que el Espíritu Santo quiso dejar registrado en los cuatro libros del Evangelio. Sus palabras, “que no se pierda nada”, muestran Su corazón: Que “...no se pierda, mas tenga vida eterna.” (Jn. 3:16). Judas 24: “Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría...” ¡Es verdad! ¿Lo cree usted?

Evidencia en las parábolas de búsquedas (Lucas 15)

¿Se ha detenido a pensar en la parábola del hijo pródigo? Esta parábola está antecedida por otras dos: la de la oveja perdida y la de la moneda perdida, en las cuales hay una búsqueda asombrosa, a fin de evitar una pérdida o un detrimento. “Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10). Primero, hay una oveja perdida, la cual es buscada por su pastor, y al ser hallada, es colocada en los hombros de su gozoso pastor para ser llevada

nuevamente al redil. El hombre la pudiese haber dado por perdida, diciendo: “Bueno, aún quedan noventa y nueve”; pero la “lógica” y la “matemática”, o sea, el amor Divino y la gracia Divina, son muy superiores a las del hombre.

También está la mujer que busca la dracma (moneda antigua) perdida; a pesar de las muchas interpretaciones, no la deja extraviada, la busca exhaustivamente, la encuentra, y se goza al recuperarla. Por último, en esta serie de parábolas hay además un hijo perdido, cuyas malas obras y despilfarros pudieran haberlo hecho digno de una eterna separación del padre. Pero al regresar, nunca deja de ser tenido como hijo. ¡Es hijo! Cuando el padre lo ve regresando de lejos, es movido a misericordia, hace fiesta lleno de gozo porque su hijo muerto era, y ha revivido, porque su hijo perdido se ha hallado. Cada una de las ideas, parábolas y enseñanzas del Señor en las Escrituras están perfecta y cuidadosamente escogidas; no hay ejemplos inadecuados ni hay nada que esté de más. ¡No hay desperdicio! Si el que se hubiese ido, hubiese sido un jornalero, al Padre no le hubiese importado igual; su hijo, sin embargo, era nacido de él. Asimismo, nosotros hemos nacido de Dios. Si nosotros los hombres “buscamos y salvamos” algo, para no volverlo a perder, ¡cuánto más Dios!

Conclusión

Quienes por gracia han entendido la perfección y gloria de la salvación de Jesucristo, viven en paz, tienen confianza y alegría, no se dan al libertinaje ni al pecado, descansan en Él cuando caen y pecan (una vez confiesen sus faltas), pues Su sangre y redención son mayores. Se gozan en el amor de

Dios, y no dejan de tener temor reverente. Esa paz y alegría incalculables que buscan de corazón sincero todos los que creen en Cristo Jesús, pueden llegar a ser experimentadas.

Por otra parte, independientemente del grupo al que pertenezca aquel que cree que la salvación se pierde, de todas maneras es una persona sin paz.

El amor que nosotros expresamos a Dios y los unos por los otros no se basa en la imposición, sino en la firme confianza de una obra consumada para siempre por nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A Él sea la gloria, el agradecimiento y el perfecto servicio en amor, por los siglos de los siglos. Amén.

(Autor Anónimo)

.....

El pecado de muerte

“Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida.” (1 Juan 5:16). Muchos son los que se preguntan si el pecado de muerte es una especie de pecado imperdonable, el tipo de pecado que si alguien cometiere, entonces perdería, definitivamente, su salvación. Sin duda, esto no es lo que está diciendo este pasaje, y tampoco la Escritura en general, sino que Juan hace referencia a aquellos pecados que en el Antiguo Testamento eran considerados dignos de la pena capital, por eso los llama ‘pecados de muerte’, pecados considerados tan graves en las Escrituras, que para ellos no había sacrificio de reconciliación y perdón, sino sólo la pena de muerte para el infractor. Ahora en Cristo hay perdón para todo pecado, incluso para

los que antes acarreaban la pena capital en la Ley, dado que Cristo murió por todas nuestras transgresiones, para librarnos del juicio que merecían todas nuestras perversas acciones (1 Ti. 1:15). Sin embargo, aunque Dios nos perdone todos nuestros pecados y nos dé vida eterna en Su Hijo, eso no significa que podamos pecar y quedar impunes; Dios disciplina a Sus hijos (He. 12:6). Por lo cual Juan no pide que se ore por los que cometen pecado de muerte, pues no es la oración, sino la disciplina, la que se requiere cuando un hijo de Dios comete un pecado grave. De esto tenemos ejemplo en la 1 Epístola a los Corintios, donde un creyente estaba cometiendo adulterio con la esposa de su padre; la exhortación del apóstol Pablo no fue que oraran por el transgresor, sino que debía ser echado fuera de la comunión y que fuera entregado a Satanás, no para que se perdiera, sino para que, por la disciplina de Dios administrada por la iglesia, fuera restaurado (1Co. 5).

Aún más, vemos continuamente en las Escrituras a Dios disciplinando a Sus hijos aun con la muerte, a fin de que no acaben en una situación más penosa. Podemos mencionar el pecado de Ananías y Safira, a quienes, como resultado de mentir al Espíritu Santo, Dios se los llevó en disciplina, lo cual resultó en que toda la congregación de los creyentes tuviera temor de Dios (Hch. 5:11), de modo que otros no osaran pecar de la misma manera que ellos.

Y también tenemos el caso de aquellos que comían la Cena del Señor, indignamente: *“Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen.”* (1Co. 11:30). Debilitados, porque algunos, como disciplina, se habían enfermado; pero otros dormían, es decir, habían muerto como consecuencia de su ligereza y pecado contra Dios por su menosprecio de aquello que es santo para el Señor. Dios nos ha dado a los creyentes vida eterna por medio de Su Hijo, salvación eterna; pero ésta no nos libra de la disciplina amorosa de Dios, con la cual nos corrige, no para perdición, sino: *“...para que no seamos condenados con el mundo.”* (1 Co. 11:32). Por ello, debemos arrepentirnos, alejarnos del pecado, recibir la disciplina y crecer en santidad para estar de pie, sin nada de qué avergonzarnos, delante de Jesucristo, nuestro Juez y Señor.

DIFERENCIA ENTRE GRACIA Y REINO

Después de todas las consideraciones de los artículos anteriores, estamos conscientes de que somos salvos, eternamente salvos, y que nuestra salvación no es algo que podamos perder. Ahora pasaremos a ver la diferencia que existe entre dádiva y recompensa, entre don y galardón.

Dios, quien nos salvó puramente por gracia, se deleita en recompensar a Sus hijos que cumplieron aquello para lo cual fueron regenerados, es decir, las buenas obras preparadas de antemano para que anduviésemos en ellas (Ef. 2:10). Es un placer para Dios galardonar a aquellos que diligentemente buscaron, en el poder del Espíritu Santo, confirmar su vocación y elección (2 P. 1:10), y se volvieron semejantes a Cristo (Ro. 8:29). Esto es algo que va más allá de la salvación. Esta recompensa nada tiene que ver con la salvación eterna, pero sí con el Reino de Cristo.

Algunas consideraciones necesarias

Para comprender este tema son necesarios algunos principios. Necesitamos creer que habrá un Milenio literal, un Reino de mil (1.000) años, donde Cristo Jesús será el Rey de toda la Tierra, y donde Sus santos vencedores reinarán con Él (Ap. 20:1-7). Eso se vuelve más claro para nosotros cuando vemos la distinción que existe en la Biblia entre

diferentes épocas; necesitamos entender los ‘*aions*’ de Dios, palabra que muchas veces es traducida como ‘siglo’. Aunque creemos que el trabajar de Dios en toda la historia ha sido a través de Su gracia redentora, aun así, podemos percibir que hay momentos distintos en la historia del mundo. Un ejemplo claro de eso es la primera venida de nuestro Señor Jesucristo a este mundo, que es mencionada en la Biblia como el ‘inicio de los últimos días’. De igual modo, escribiendo a Timoteo, Pablo habla de que Dios tiene “*su tiempo*” determinado (1 Ti. 6:15). Además de eso, las Escrituras no se limitan entre los extremos cielo e infierno, como muchos cristianos imaginan. Existe mayor complejidad en estos temas relacionados con lo que sucede después de la muerte y en la era venidera.

Reyes y sacerdotes

Como ya lo hemos visto, Cristo reinará sobre esta Tierra durante mil años. Él es el REY DE REYES (Ap. 19:16). En el Milenio, Él será el Gobernante Supremo de las naciones. Los salvos que estuvieren adecuadamente preparados se reunirán con Él. ¿Usted ya se preguntó por qué fuimos hechos un reino de sacerdotes? (Ap. 1:6; 5:10). Un abogado ejerce de abogado; un cocinero cocina; un ingeniero ejerce de ingeniero; un rey reina. Pero reinaremos solamente en el futuro. ¿Pero cómo podemos representar a Cristo de esa manera, sin una debida preparación? ¿Podemos tener tal responsabilidad sin estar habilitados para tanto? Un Dios tan organizado y sabio, ¿pondría a niños para reinar sobre Sus posesiones? ¡Claro que no! Para eso estamos siendo preparados, entrenados, clasificados, estamos en un proceso preparatorio para lo que haremos en el futuro. Esto se trata de una recompensa, según

nuestro desempeño en este entrenamiento, para cumplir con un propósito específico.

En la época del Milenio, Cristo reinará sobre todo el mundo, y los salvos, que fueron entrenados y capacitados, estarán reinando con Él como gobernadores, alcaldes y administradores (Lc. 19:11-27).

El Don de la Vida

La salvación es un regalo del cielo, una dádiva de Dios, un don de Dios. Solamente podemos extender nuestras manos vacías y apegarnos a esa bienaventuranza eterna. Tenemos la vida eterna, ella es dádiva de Dios para nosotros los que creemos (1 Jn. 5:13). Juan no dice que la tendremos en el futuro, ni que la teníamos; él dice que la tenemos, es decir, la tenemos ahora, nos fue dada como un regalo (Ef. 2:8-10).

La condicionalidad de los textos

Una gran ayuda para el lector es siempre, en su estudio bíblico, hacerse la siguiente pregunta: ¿Existe una condición que se nos exija en este texto? Si es así, ese texto sólo puede estar tratando de galardón, de recompensa. Si en el texto existe un elemento condicional, o sea, si usted hace algo, por lo que recibirá algo, entonces ese texto se trata del Reino, y no de salvación eterna. Por ejemplo, en Apocalipsis 2:10 dice: “...*Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.*” Este es un texto claramente condicional: Si eres fiel, recibirás algo como recompensa por tu fidelidad.

Cada uno vea cómo sobreedifica (1 Co. 3:10-17)

El texto de Corintios citado anteriormente, revela una clara distinción entre salvación y galardón, como veremos a continuación. En estos versos tenemos la Iglesia presentada como Edificio de Dios, como Casa de Dios. Este Edificio es fundamentado sobre la Roca, que es Jesucristo. Y cada uno de los miembros de esta Casa es un miembro responsable en la sobreedificación; Pablo, Cefas (Pedro), Apolos, tú y yo, todos estamos involucrados por Dios en esta tarea.

Pablo comienza diciendo: *“Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada...”* De hecho, todo comienza con la gracia, avanza en la suficiencia de la gracia y se concluye por la gracia. No hay nada que parta de nosotros mismos. La gracia es el depósito de toda provisión celestial. Sin embargo, Pablo fue prudente en su servicio. Él dice que, *“como perito arquitecto”*, él puso *“el fundamento”*. Pablo trabajaba en la causa de Cristo de modo prudente; él puso el Fundamento ¿Qué Fundamento es ese? Jesucristo. Él es la Piedra Fundamental. Pablo anunció sobre Jesucristo a los corintios, ellos lo recibieron y fueron salvos; estaban sobre el Fundamento y estaban firmes.

Infelizmente, vivimos tiempos difíciles. Hay muchos falsos cristianos, personas que piensan ser salvas porque repitieron algunas palabras delante de una plataforma, o porque de vez en cuando visitan una congregación. Nada de eso produce la vida. Es necesario nacer de nuevo, y debemos examinarnos si realmente estamos sobre el Fundamento: Cristo Jesús.

Pero una vez que somos salvos, ¿qué debemos hacer ahora? *“...cada uno mire cómo sobreedifica.”* Acabamos de descubrir

que fuimos salvos para algo, no solamente salvos de algo, sino también para algo. Fuimos salvos del infierno, de la muerte, de los pecados, del diablo, y otras cosas... Pero fuimos salvos para obediencia, santificación, fructificación, crecimiento en gracia y, como dice en el texto, para edificación. Vemos también que esta responsabilidad es individual: “*cada uno*”; cada uno necesita cooperar, como dice Efesios: “...*según la actividad propia de cada miembro...*” (Ef. 4:16). Sea cuidadoso en la sobreedificación, sea prudente, esté disponible y busque estar preparado, “...*como obrero que no tiene de qué avergonzarse...*” (2 Ti. 2:15).

Los materiales

En el verso 12 encontramos los materiales usados en la edificación. Por un lado tenemos: oro, plata, piedras preciosas; y por otro lado tenemos: madera, heno y hojarasca. Los tres primeros se relacionan con la Divinidad; los tres últimos, con la humanidad. Los tres primeros son los materiales apropiados; los otros materiales son inapropiados; “...*cada uno mire cómo sobreedifica.*”

El oro habla de la naturaleza divina. El arca de la alianza, que representaba la presencia de Dios, era hecho de oro por dentro y por fuera (Ex. 25:11). La plata habla de la redención; la moneda del templo que era llamada siclo del santuario era de plata. Fue el precio por el cual nuestro Señor fue vendido (Mt. 26:15). Y las piedras preciosas significan el trabajar del Espíritu Santo, convirtiendo piedras ordinarias en preciosas por Su moldear (1 P. 2:5; Ex. 39:10-13; Ap. 21:19-21). Nada menos que eso es exigido de nosotros para la edificación. Es

interesante que en las listas de dones de 1 Corintios 12:4-6 y Efesios 4:4-6 tenemos a la Trinidad Santa involucrada. No hay edificación genuina sin el uso de estos materiales. Como dice en 1 Pedro 4:11: “*Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo...*” Todo debe ser hecho según la Palabra de Dios, en el poder de Dios, a través de Cristo Jesús y en el Espíritu Santo. Así edificaremos con los materiales apropiados.

Ahora, en la clase inferior de materiales, tenemos: madera, heno y hojarasca. Esencialmente, la madera habla de la naturaleza humana. El heno es una hierba usada para alimentar a los animales, y representa la obra humana. Y la hojarasca, hace referencia a un tallo dejado después que las espigas son cortadas, solamente es un tallo sin fruto, sin flor, sin nada. Estos son materiales que representan cosas corruptibles, no cosas permanentes. Su característica es que no tienen capacidad de mantenerse con el paso del tiempo, son descartables y sustituibles. Esa es la gloria humana, para nada sirve, es una gloria vana (vanagloria). Son materiales inapropiados para la edificación de la Casa de Dios (1 P. 1:22-25).

Al inicio del verso 13 dice: “...*la obra de cada uno se hará manifiesta...*” Esto nos lleva a entender que ahora, en el tiempo presente, estos materiales están ocultos a los ojos humanos, pero están detrás de todo lo que hacemos; ellos están presentes, pero de manera velada, probablemente sólo visibles a los ojos de Dios. Pero el texto nos habla que la naturaleza de estos materiales (que representan nuestra obra), un día será revelada, será evidente, será manifiesta.

El Día del Juicio

Pablo continúa diciendo que esta manifestación tiene un día y una hora marcados; “...*porque el día la declarará...*” Querido lector, un día cada uno de nosotros irá a comparecer delante del Tribunal de Cristo (2 Co. 5:10). Vamos a rendir cuentas delante de Él, ese es el día, el gran Día, el Día del Juicio de la Casa de Dios. ¡Qué solemne es este mensaje, qué serio, habremos de rendir cuentas al Señor de la Casa! ¿Y cuál es el método por el cual nuestras obras serán probadas? Es un método antiguo de purificación, en el cual se utilizaba el fuego para purificar metales. El uso del fuego es necesario, él purifica el oro, destruyendo lo que es corruptible y limpiando lo que es incorruptible. Este será el método de Dios. Este fuego traerá a la luz la realidad de todo lo que hicimos, destruyendo todo lo que no es oro, plata y piedras preciosas, y revelando las obras que realmente fueron hechas en Dios.

En el verso 13 tenemos cuatro palabras que describen lo que sucederá con nuestras obras en aquel día. Son las palabras: *manifiesta, declarará, revelada y probará*. En conjunto, dichas palabras declaran que nuestras obras serán conocidas. Las cosas más ocultas se volverán manifiestas, demostrando las más profundas intenciones; y también serán puestas a prueba para verificar si son genuinas. Todo eso revela algo muy claro: en aquel Día, nada quedará oculto, nada dejará de ser revelado, ni la más profunda intención del corazón. Dios nos juzgará hasta lo más íntimo y probará todo aquello que hicimos.

Es interesante notar un hecho: Todos están edificando, no hay nadie que no esté edificando, todos, de alguna manera, lo

están haciendo. ¿Usted ya pensó que incluso los que no han hecho nada, de alguna manera han acumulado algo? Significa que nadie está paralizado; están edificando, y la advertencia es: ¡Cada uno mire cómo sobreedifica!

Galardones

Los versos 14 y 15 presentan el elemento condicional “si” en su inicio. “*Si permaneciere la obra de alguno (ponga su nombre aquí) que sobreedificó, recibirá recompensa.*” Si en aquel Día, lo que hicimos permanece, después de haber recibido la vida eterna, después de ser salvos, si después de eso nuestra obra permanece, recibiremos galardón, recompensa, algo recibido. Nuestro Padre es tan bondadoso que decidió que sea así. Él nos recompensará por aquello en lo que cooperemos con Él en la edificación de Su Iglesia.

Sufriendo, pero salvo

“*Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.*” (Verso 15). Querido lector, en caso de que la obra de un cristiano no sea aprobada en aquel Día, consecuentemente, él sufrirá daño, tendrá perjuicio. ¡Sufrirá pérdida! ¿Pero pérdida de qué? ¿De la salvación? Indudablemente que no, pues el mismo texto dice que él será salvo ¿Por qué? Porque la salvación es por gracia, es un regalo, es una dádiva de Dios; pero él perderá el galardón, o parte de él (2 Jn. 8). Tendríamos que disponer muchas páginas para describir todo lo que las Escrituras nos dicen sobre este daño por el cual un genuino cristiano podría pasar; pero la Biblia dice claramente que él puede pasar por

muchas circunstancias, debido a su negligencia con aquello que recibió de Dios.

Aquí tenemos un juicio distinto del que es causado por el pecado y que lleva al infierno; de este juicio están libres todos los que son salvos. Pero ese juicio del cual estamos hablando aquí está relacionado con lo que hacemos después de ser salvos, con la sobreedificación de la Casa de Dios, en la cual estamos todos involucrados. La advertencia es clara: “... cada uno mire cómo sobreedifica.”

Una información extremadamente importante

El apóstol concluye en los versos 16 y 17 con una información extremadamente relevante y una advertencia solemne: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” ¿Usted ya fue llevado a pensar que no nos pertenecemos a nosotros mismos y que lo que hacemos lo estamos haciendo con algo que es propiedad de otro, y este otro es el mismo Dios? Estamos involucrados con algo que va más allá de nosotros, mucho más allá de nosotros mismos. Es como si Pablo dijera: ¿Ustedes no perciben en lo que están involucrados? ¿Ustedes no tienen ojos para ver la seriedad? ¿No discernen la realidad de que ustedes son santuario de Dios? Santuario es la palabra para describir el templo de Jerusalén, especialmente para el Lugar Santo y el Santo de los santos. Pablo está aplicando esta palabra para el Edificio de Dios, la Iglesia de Dios, la Casa de Dios, que somos nosotros. Y él continúa diciendo: “...el Espíritu de Dios mora en vosotros.” Fuimos salvos para ser la habitación del Espíritu (Ef. 2:20-22). Eso no sólo nos llena

de temor y responsabilidad de cuidar lo que nos fue confiado, sino que también expresa que todo lo que necesitamos está disponible para nosotros a través del Dios que habita en nosotros. Aquel que habita en nosotros es nuestro Ayudador, Auxiliador, Abogado, Consolador y nuestro Paracleto (en griego, ‘*Parakletos*’). Avanzamos a través de Su divino poder, crecemos a través de Él, con Él y en Él. Jamás podemos descuidar Su presencia, Su poder, Su capacitación. Él es la Fuente de Vida, y es todo lo que necesitamos.

Una advertencia solemne

Verso 17: “*Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.*” La palabra destruir aquí significa corromper, contaminar. ¡Qué terrible advertencia tenemos! Dios es el dueño de la Casa y se ocupa en cuidarla y defenderla de todo intento de destrucción. Dios juzgará con severidad a aquellos que no tienen cuidado de cómo proceden en Su Casa.

Querido lector, usted, siendo alguien consciente, jamás dañaría la casa de alguien, mucho menos si ese lugar fuera considerado sagrado. Usted la cuidaría mucho mejor que si fuera suya, porque está lidiando con el patrimonio de otro. Si en las cosas naturales comprendemos bien eso, ¿cómo podemos ser tan negligentes en la edificación de la Casa de Dios? ¿Cómo podemos lidiar con ella de cualquier manera? ¿Será que olvidamos quién es el Dueño de la Casa? ¿Será que no hemos leído al respecto la frase: “...*la santidad conviene a tu casa...*”? (Sal. 93:5). ¡Qué terrible advertencia tenemos aquí, por no decir una santa amenaza, de que si destruimos la Casa de Dios, Él se ocupará de lidiar con nosotros de la misma manera!

Hijos responsables

No hay forma de leer este maravilloso texto, y no quedarnos asombrados del celo que Dios tiene con Su Casa, no solamente en lo que dice respecto a la Casa, sino también a las vidas individuales de cada hermano y hermana. Sin duda, estamos seguros con respecto a nuestra salvación, pero este hecho no es jamás una licencia de parte de Dios para vivir como queramos.

A la luz de lo que acabamos de ver en 1 Corintios 3, podemos llegar a una clara conclusión: Dios es garante de la salvación de todos aquellos que Él llamó, “*será salvo*”, pero Él lidiará con ellos por causa de lo que les fue ordenado: “...*cada uno mire cómo sobreedifica.*” Él no solamente nos salvó, también nos hizo responsables, y Él demandará de nosotros que cumplamos.

Hijos que obedecen y cumplen Su propósito

Querido lector, tenga cuidado con su vida. Usted es templo del Espíritu Santo (1 Co. 6:19). Usted fue comprado por precio (1 Co. 6:20). Usted tiene un dueño, que es Dios, y debe cumplir todo aquello que Él le llamó a hacer. Si usted tiene a Cristo Jesús en su vida, usted tiene el Fundamento, pero, ¿cómo está edificando sobre este Fundamento? ¿Está consciente de que la gracia le fue concedida para volverse responsable y habilitado para responder apropiadamente a Dios, y que no tendremos excusas en lo que se refiere a esto? Dios nos llamó, nos capacitó, y ahora necesitamos cumplir de manera apropiada Sus propósitos.

La salvación nos conduce a una realidad de vida

La verdadera salvación nos lleva a una vida de santidad. La verdadera salvación nos lleva a una vida fructífera. La verdadera salvación nos lleva a una vida de búsqueda de Dios y de cumplir Sus propósitos. Ella no nos da permiso para vivir una vida descuidada. No nos permite sobreedificar de cualquier manera. La Casa es de Dios, las reglas son de Él, el plano de Su casa está muy bien diseñado, debemos hacer todo conforme al modelo de Dios, que es Cristo. De todo lo que hacemos en nuestro cuerpo, y por medio de éste, daremos cuentas ante Dios (2 Co. 5:10). Un verdadero cristiano es alguien que teme a Dios y que anda en Sus caminos.

“Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él...”
¡El Señor tenga misericordia de nosotros!

Marcelo Vieira

.....

“Necesitamos pastores que amen más a Dios que a su éxito personal. Necesitamos pastores que se fatiguen en la Palabra y traigan alimento nutritivo para el pueblo. Necesitamos pastores que conozcan la intimidad de Dios por la oración y sean ejemplos de piedad para el rebaño. Necesitamos pastores que den la vida por el rebaño en lugar de explotar al rebaño. Necesitamos pastores fieles, y no pastores populares. Necesitamos hombres quebrantados, y no astros ensimismados.”

Hernandes Dias Lopes

WILLIAM TYNDALE

“No desesperes ni te desanimes, lector, porque esté prohibido, so pena de perder la vida y los bienes... leer la Palabra que sanará tu alma... ya que, si Dios está de nuestro lado, qué más da a quien tengamos en contra, sean obispos, cardenales, papas.” (“La obediencia del cristiano”, 1528)

En la historia de la fe cristiana entre los pueblos de habla inglesa, la traducción de la Biblia de William Tyndale fue la que hizo de ellos “un pueblo del Libro”. La vida de él fue vertida aun hasta el punto de muerte para lograr ese objetivo, y cada generación de creyentes necesita escuchar nuevamente la historia de su vida y su muerte”. (Michael A. G. Haykin).

La Reforma no se trató de uno, dos o tres grandes nombres: Lutero, Calvino, Zwinglio, sino de un movimiento masivo de convicción, audacia y alegría cristianas que les costó sus vidas a muchos hombres y mujeres. No sólo fue que Lutero estaba rodeado de reformadores en Alemania, sino que también muchos héroes de la fe menos conocidos se levantaron por toda Europa, como William Tyndale, quien tradujo el Nuevo Testamento al idioma inglés y, por primera vez, transmitió el lenguaje bíblico en un lenguaje accesible al pueblo, aunque eso le costara la vida misma. Fue un esclavo de Cristo en amor, quien enseñó que todos los beneficios espirituales que Dios otorga son por causa de Cristo, y no por nuestros méritos, verdad ésta que le hizo rebelde en

contra de la tiranía papal y, finalmente, como consecuencia, mártir de la fe cristiana.

Juventud y estudios

Poco o casi nada se sabe de su vida temprana. Probablemente nació el 6 de octubre de 1494, en un pueblo cerca de Dursley, Gloucestershire, Inglaterra.

La educación de Tyndale no fue descuidada, recibiendo la mejor de su época. Se educó en las Universidades de Oxford y Cambridge. Su habilidad para aprender nuevos idiomas fue sobresaliente. Aparte de su lengua natal - el inglés - fue hábil en los idiomas bíblicos: hebreo, griego y latín, y también aprendió italiano, español, alemán y francés.

Durante su estadía en Oxford, además de aumentar su conocimiento en lenguas bíblicas y modernas, aprovechó para estudiar otras artes; sin embargo, tuvo un especial apego por el estudio de las Escrituras. Fue tanta su pasión por el estudio de la Biblia que, secretamente, y sin desaprovechar el tiempo, instruía a sus amigos y colegas de Oxford para que conocieran las verdades que encierra este Sagrado Libro. Por otro lado, se familiarizó con los escritos de Martín Lutero y, de manera especial, con las obras de Erasmo de Rotterdam, pues gracias a la edición del Nuevo Testamento en griego que este último preparó, conoció la verdad sobre la doctrina de la justificación por la fe.

Su dedicación y pasión se hicieron notar rápidamente, por lo que fue acusado de promover el luteranismo en Inglaterra. En 1515 completó su maestría en Oxford, y luego se mudó a

Cambridge. El motivo de su mudanza, más que por un asunto académico, fue porque al parecer las autoridades de Oxford empezaron a conspirar contra él, debido a que instruía a sus amigos cercanos, secretamente, sobre la Biblia.

Una vez en Cambridge, no sólo afinó sus conocimientos en los idiomas bíblicos y el latín, también estudió de manera más profunda la Palabra de Dios.

Contexto histórico: Problemática

Cuando Tyndale entraba en la escena del mundo, Inglaterra yacía cubierta de una oscura noche de tinieblas espirituales. La iglesia en Inglaterra permanecía envuelta en la medianoche de la ignorancia espiritual. El conocimiento de la Escritura casi se había extinguido en el País. Aunque había unos veinte mil sacerdotes en Inglaterra, se decía que ni siquiera ellos eran capaces de traducir una simple línea del Padre Nuestro. Los clérigos estaban tan hundidos en una ciénaga de superstición religiosa, que no tenían ningún conocimiento de la verdad. Las únicas Escrituras en inglés eran unas pocas copias a mano de las Biblias Wycliffe, traducidas de la Vulgata Latina, una traducción de la Biblia hebrea y griega al latín, realizada por Jerónimo a finales del siglo IV (en el año 382 d.C.). Los Lolardos (o wyclifistas), un pequeño grupo de valientes predicadores y seguidores de Wycliffe, distribuyeron ilegalmente estos libros prohibidos. La sola posesión de la traducción de Wycliffe condujo a muchos al sufrimiento; algunos incluso enfrentaron la muerte. El Parlamento aprobó una ley conocida como “De herético comburendo” (“Respecto a la quema de herejes”, del latín), en 1401, la cual, como lo indica su título, legalizaba

la quema en la hoguera de los considerados “herejes” por la iglesia católica. Traducir la Biblia al inglés se consideraba un crimen capital. En 1408, Thomas Arundel, el arzobispo de Canterbury, escribió las Constituciones de Oxford, las cuales prohibían cualquier traducción de la Biblia al inglés, a menos que fuera autorizada por los obispos. Aun enseñar la Biblia era ilegal en Inglaterra y se consideraba como un crimen digno de muerte.

La más cruda oscuridad reinante

Hacia 1520, los académicos de Oxford y Cambridge leían y discutían las obras de Lutero. Esta llama era avivada por la disponibilidad del Nuevo Testamento en griego (de Erasmo), que era acompañado por su traducción latina en 1516, un año antes de que Lutero publicara sus famosas noventa y cinco tesis. Este recurso fue muy valioso para los académicos que leían griego y latín, pero no tenía ninguna utilidad para el hombre inglés común que no leía ninguno de los dos idiomas. Si la Reforma iba a llegar a Inglaterra, no bastaría con simplemente gritar ‘*Sola Scriptura*’. Debía haber una traducción de la Biblia al idioma inglés para que el pueblo leyera; pero, ¿cómo podía llegar a ocurrir?

Los campesinos conocerán la Biblia

Antes del comienzo de 1522, Tyndale, que en ese momento, probablemente, había sido ordenado como sacerdote, aceptó el puesto donde trabajaba para la acaudalada familia de Sir John Walsh, en su hacienda. Se desempeñaba como tutor principal de los hijos, capellán privado de la familia y secretario personal de Sir John, cuyo hogar era

sede de comidas con numerosos invitados, en donde trataban temas en boga, como los casos de Erasmo y Lutero. Entre los concurrentes había sacerdotes romanistas, que adquirieron resentimiento en contra de Tyndale, a causa de sus sólidos argumentos escriturales que refutaban los errores doctrinales y religiosos de la época.

En varias reuniones que se llevaron a cabo en la casa de Sir Walsh, Tyndale mostró que sus invitados eran ignorantes al abrir la Palabra de Dios. Esto, en efecto, creó rivalidad y rencor hacia él.

Al considerar el estado espiritual de Inglaterra, Tyndale llegó a entender claramente que Inglaterra nunca sería evangelizada usando Biblias en latín; él concluyó: “Era imposible establecer a los laicos en cualquier verdad, a menos que la Biblia fuera expuesta ante sus ojos en su lengua materna”.

No mucho tiempo después, Tyndale estaba en compañía de un cierto teólogo, considerado como erudito, y al conversar y discutir con él, lo condujo a esta cuestión, hasta que dicho gran doctor prorrumpió en estas palabras blasfemas: “Nos iría mejor sin la Ley de Dios que sin la ley del papa”. Tyndale le respondió con valentía: “Yo desafío al papa y a todas sus leyes... Si Dios me da vida por muchos años, haré que un campesino sepa más de la Escritura que tú”. Desde ese punto en adelante, la ambiciosa tarea de traducir la Biblia al inglés fue el propósito dominante de la vida de Tyndale.

Comienzos de una obra

Tyndale viajó a Londres, en 1523, con el fin de buscar la aprobación oficial para una traducción y publicación autorizadas de una Biblia en inglés. Concertó una reunión con el obispo de Londres, Cuthbert Tunstall, un académico y reconocido clasicista que había colaborado con Erasmo en su Nuevo Testamento griego. Pero encontró una gran oposición a la idea de una traducción al inglés. Tunstall creía que una Biblia en inglés, accesible al pueblo, generaría un caos, por lo que le puso trabas a Tyndale.

Mientras estaba en Londres, predicó en numerosas ocasiones en la Iglesia de Saint Dunstan. Un día, un adinerado mercader de telas llamado Humphrey Monmouth, lo oyó predicar en Saint Dunstan y decidió cubrir sus gastos. Este benefactor le permitió permanecer en Londres durante un año, mientras desarrollaba el plan para su traducción de la Biblia.

Dicho plan implicaba un paso radical. Para cumplir esta osada misión, “no había lugar en toda Inglaterra para hacerlo”. Con la oposición, tanto de la iglesia como de la corona inglesa, se dio cuenta de que debía dejar el País y emprender su épica obra en otro lugar.

En la primavera de 1524, a la edad de 30 años, navegó hacia el continente europeo para iniciar su esfuerzo de traducción y publicación. Lo haría sin el consentimiento del rey de Inglaterra, una clara infracción de la ley establecida. En consecuencia, cada texto bíblico que traducía lo hacía de manera ilegal. Luego que dejó sus costas nativas, viviría

exiliado por el resto de su vida. Jamás volvería a su amada Patria. Durante los siguientes doce años viviría en suelo extranjero como un fugitivo y expatriado de la corona inglesa. Tyndale escribió:

“Por tanto, yo debo tener siempre la ley en mi mirada, para que pueda ser manso en el espíritu y dar a Dios todo loor y alabanza, adjudicándole a Él toda rectitud, y a mí toda injusticia y pecado. Además, debo tener las promesas delante de mis ojos, para no desesperar; en dichas promesas veo la misericordia, favor, buena voluntad de Dios sobre mí en la sangre de Su Hijo Cristo, que ha hecho satisfacción por mi imperfección, y cumplió por mí aquello que yo no pude.”

Traducción del Nuevo Testamento

Habiendo llegado primero a Hamburgo, Alemania, en 1524, Tyndale pronto viajó a Wittenberg, para aprender del gran reformador alemán Martín Lutero. Puede que lo haya hecho de incógnito.

Durante su estadía en Wittenberg, comenzó la obra de traducción del Nuevo Testamento del griego al inglés. Encontró un impresor, Peter Quentell, quien aceptó imprimir su nueva traducción. Sin embargo, el secreto de la impresión se quebró cuando uno de los trabajadores de la imprenta cayó bajo la influencia del vino y habló abiertamente sobre esa tarea clandestina. Johann Cochlaeus, un enardecido opositor de la Reforma, escuchó lo que hablaban, y de inmediato

organizó una incursión a la imprenta.

La obra del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento de Tyndale fue el primero en traducirse del griego original al inglés. Fue además la primera Biblia en inglés que fue impresa de manera mecánica. Antes de eso, sólo había unas pocas copias manuscritas de la Biblia en inglés de John Wycliffe, traducida siglo y medio antes. La obra de Tyndale era muy superior. Schöffer completó la impresión inicial, produciendo unas tres mil copias.

Listas para la entrega en la primavera de 1526, embarcó sus Biblias, ocultas en fardos de algodón, a través de las rutas comerciales internacionales a Inglaterra. Mercaderes de textiles luteranos alemanes que vivían en Inglaterra recibieron el envío disfrazado, y estaban listos para distribuir las Biblias. Una vez que pasaron a los agentes reales, los libros prohibidos fueron recogidos por una sociedad protestante secreta llamada “La Hermandad Cristiana”, y llevados por toda Inglaterra a diversas ciudades, universidades y monasterios. Las Biblias recién impresas fueron vendidas a ingleses anhelantes — mercaderes, estudiantes, sastres, tejedores, albañiles y labradores, por igual — hambrientos de leer y crecer en su conocimiento de la Palabra de Dios.

Para el verano de 1526, autoridades de la iglesia en Inglaterra habían descubierto la circulación clandestina de la Biblia de Tyndale. El arzobispo de Canterbury y el obispo de Londres estaban furiosos, por lo que confiscaron cada Biblia que pudieron encontrar. Las autoridades de la iglesia católica inmediatamente declararon la compra, venta, distribución o

posesión de esta Biblia como un delito grave que acarrearía un severo castigo.

Oposición y obstáculos

En mayo de 1527, los opositores de Tyndale maquinaron un ingenioso plan para detener la propagación de las Biblias ilegales. William Warham, el arzobispo de Canterbury, conspiró para comprar las copias restantes de la Biblia con el fin de destruirlas. Al principio, esta diabólica artimaña parecía brillante, pero pronto le jugó en contra, pues el dinero de las ventas proveyó los recursos que necesitaba Tyndale para luego producir una segunda edición revisada de su obra. Lo que Warham propuso para mal, Dios lo encaminó a bien. Esto permitió la producción de una versión aún mejor, con un mayor tiraje.

Los opositores de Tyndale pronto implementaron un plan más agresivo para detenerlo. Se inició una cacería para apresar a este notorio enemigo del Estado, y cualquiera que lo ayudara sería castigado. Sin embargo, todos los intentos de capturar a este huidizo reformador resultaron infructuosos, ya que usando de mucha astucia y buscando su seguridad se retiró a Marburgo. Hacket informó a Inglaterra que a Tyndale no lo encontraban en ninguna parte.

Traicionado, encarcelado y condenado

En los primeros meses de 1534, Tyndale se mudó a una casa de mercaderes ingleses, en Amberes, como huésped de Thomas Poyntz, un acaudalado mercader. Poyntz, un partidario de la

causa reformada, era “un astuto buen amigo y leal simpatizante”, quien puso a Tyndale bajo su protección; incluso le proveyó un salario mientras Tyndale trabajaba en su proyecto de traducción y otros escritos. El capellán de esta casa inglesa era un hombre llamado John Rogers. A través de la instrucción e influencia de Tyndale, Rogers se convirtió en un leal partidario de las doctrinas reformadas. Rogers finalmente compilaría su propia Biblia en inglés (bajo el seudónimo de “Thomas Matthew”), en 1537, conocida como la Biblia Matthew.

Esta famosa edición contenía el Nuevo Testamento, el Pentateuco, los libros históricos y Jonás, de Tyndale, con cambios menores. El resto del Antiguo Testamento fue sacado de la Biblia Coverdale (compilada por el clérigo Myles Coverdale, y publicada en 1535). En 1555, Rogers se convertiría en el primer mártir protestante bajo la reina María I, también conocida como “María la Sanguinaria”.

Al sentirse más seguro, Tyndale se dedicó a trabajar en la revisión de la traducción de su Nuevo Testamento, el que ha sido denominado “la gloria de la obra de su vida”. Esta segunda edición apareció en 1534, ocho años después de la primera. Contiene unos cuatro mil cambios a la edición de 1526, aunque algunos afirman que tiene como unas cinco mil revisiones.

En Inglaterra, un hombre llamado Henry Phillips se encontraba en una desastrosa situación, después de apostar y perder una enorme suma de dinero que su padre le había dado para pagar una deuda. Un alto oficial de la iglesia, posiblemente el obispo de Londres, John Stokesley, se enteró de su situación desesperada. Phillips fue visto como el cómplice perfecto para

otra perversa estrategia a fin de arrestar a Tyndale. Le ofrecieron una gran cantidad de dinero para que viajara a Europa y lo ubicara. Al igual que Judas, Phillips aceptó la oferta.

Phillips llegó a Amberes a comienzos del verano de 1535, y entabló, de forma diabólica, una fingida amistad con Tyndale. Pese a las advertencias de Poyntz, Phillips se ganó su confianza, y lo atrajo hacia un estrecho callejón, donde unos soldados lo esperaban para arrestarlo.

Después de doce años como fugitivo, el escurridizo Tyndale por fin fue capturado y puesto bajo custodia. Al ser arrestado, el voluminoso manuscrito de su más reciente labor de traducción, de Josué a 2 Crónicas, escapó de la confiscación. Probablemente, haya sido Rogers, su amigo y compañero cercano, quien reunió los escritos para ponerlos a salvo.

Su encarcelamiento

Tras su captura, Tyndale fue encarcelado. Temblando en los fríos y húmedos calabozos de este castillo-prisión, esperó más de un año su juicio, el cual fue una farsa de justicia. Durante sus quinientos días de confinamiento, escribió otro tratado: “Sólo la fe justifica ante Dios”, defendiendo hasta el final la verdad primordial que había detrás de su encarcelamiento.

Durante el crudo invierno de 1535, escribió en una carta final: “Sufro enormemente del frío en la cabeza, y me aflige un incesante catarro (secreción), que aumenta mucho más en esta celda... Mi capa está gastada; mis camisas también lo están”; él solicitó “una lámpara en la noche; es realmente agotador sentarse solo en la oscuridad. Pero, sobre todo, ruego e imploro

a su clemencia que le urja al comisario... que me permita tener mi Biblia en hebreo, la Gramática Hebrea, y el Diccionario Hebreo, para poder pasar el tiempo estudiándolos”. Estos meses fueron “un largo morir rumbo a la muerte”.

El martirólogo John Fox escribió que mientras Tyndale estaba en prisión, “influenciaba a sus mismísimos... enemigos”, pues “convirtió a su guardia, a la hija del guardia y a otros de su casa”. Pese al frío y al sufrimiento en las entrañas de esta prisión de piedra, al igual que el apóstol Pablo en su prisión romana, el corazón de él aún ardía con la verdad del Evangelio y un gozo innegable.

En agosto de 1536 fue llevado a juicio delante de sus acusadores, quienes presentaron una larga lista de cargos en su contra. Entre éstos se mencionaron que Tyndale afirmaba que la justificación es sólo por la fe, que las tradiciones humanas no pueden obligar a la conciencia, que la voluntad humana está esclavizada por el pecado, que no existe el Purgatorio, que ni María ni los santos hacen oraciones por nosotros y que, por lo tanto, no debemos orar a ellos. Todo esto lo convirtió en enemigo, tanto de la iglesia católica como del Estado. Fue condenado por “herejía”.

Llevado al lugar de la ejecución, fue atado a la estaca, estrangulado por el verdugo, y luego consumido por el fuego, en la ciudad de Vilvorde, en las afueras de Bruselas, Bélgica, el año 1536 d.C. En la estaca oró con un ferviente celo y con gran clamor: “¡Señor, abre los ojos del rey de Inglaterra!”

Al final, Dios escuchó la agónica oración de Tyndale.

Conclusión

La traducción de Tyndale y las que se basaron en ella formaron la base de la Versión King James en 1611, y a través de ella, casi de todas las traducciones inglesas desde entonces. Hoy las traducciones inglesas son muchas, pero tienen un origen singular en la obra fundacional de Tyndale. Las casas publicadoras de Biblias inglesas siguen sosteniéndose sobre los fornidos hombros de los pioneros esfuerzos de Tyndale.

Tyndale, en su amor por Dios y por la Palabra, vivió negándose a sus comodidades y placeres, siendo perseguido, humillado y, al final, martirizado por causa de su fe.

Anhelamos que haya un renovado compromiso con la suficiencia y la exclusividad de este Libro teñido de sangre que no siempre valoramos, porque, ¿de qué nos sirve que tengamos disponible tantas versiones de las Escrituras en nuestro idioma si no hacemos uso de ellas?

Como dice Neil Lightfoot: “El que un granjero moderno tenga una variedad de nuevo equipo no garantiza una cosecha exitosa. El equipo debe ser usado. De igual manera, en un período donde la gracia de Dios abunda en la provisión de nuevas y mejores ayudas para el estudio de la Biblia, no demos por sentado que la presencia del equipo puede sustituir el uso de él. Que Dios conceda que continuemos siendo un pueblo de un Libro, y que ese Libro sea la Biblia”.

Recopilado por Luisa Cruz

Bibliografía:

“Una luz en Inglaterra: La vida y obra de William Tyndale”.

“El Libro de los Mártires”. John Fox.

“Tyndale y los primeros pasos de La Biblia en inglés”.

Traducciones de la Biblia al inglés - Juan Manuel Seco

“La osada misión de William Tyndale”. Steven J. Lawson.

.....

Pastores según el corazón de Dios

“Ha llegado el tiempo de que las personas reconozcan que la Palabra de Dios en nuestra boca es la verdad. Ha llegado el momento de ser hombres como Pablo, que predicaba con lágrimas y poder, ya sea en la prisión o en libertad, con dinero o teniendo privaciones, en la salud o cuando se es atacado por los espinos. Ha llegado el momento de que seamos pastores como Pedro, que no vendía la gracia de Dios por dinero, no aceptaba ofrendas hipócritas y, aún sin provisiones de plata y oro, veía el poder de Dios realizando grandes prodigios por medio suyo. Ha llegado el momento de ser pastores como Juan el Bautista, que estaba listo para perder la vida, pero jamás a negociar los absolutos de Dios en su ministerio. Ha llegado el tiempo de imitar al gran y Supremo Pastor de ovejas, Jesucristo, que fue manso y humilde de corazón, amó sus ovejas hasta el fin y dio Su propia vida por ellas. ¡Que Dios nos dé pastores según Su corazón!”

Hernandes Dias Lopes

LA PORNOGRAFÍA: SUS CONSECUENCIAS Y LA SALIDA

“Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; es decir, que os abstengáis de inmoralidad sexual...” (1 Ts. 4:3) (LBLA)

La pornografía ha tomado fuerza gracias al acelerado avance de la tecnología, pero esta práctica es muy antigua. La industria pornográfica ha ido en aumento en las últimas siete décadas. Durante el período de la Segunda Guerra Mundial, esta industria tuvo gran aumento, ya que se usó como motivación para satisfacer la lujuria de los soldados en batalla, y así lograr disminuir el contagio de enfermedades de transmisión sexual (ETS), dado que ellos tenían relaciones sexuales con prostitutas; los gobiernos vieron esto como una solución a la problemática de ETS, y así fue como empezó la circulación en masa de revistas pornográficas. Asimismo, durante la época de los 70's empezó la masificación de películas pornográficas, mientras que a la par, iban ganando batallas legales que contribuyeron en gran manera a la revolución sexual.

Esto ha traído devastadoras consecuencias para la sociedad. La pornografía ha hecho una falsa representación del acto sexual, una banalización de éste, causando daños psicológicos en la mente de sus consumidores. Es por esto que no se debe ignorar esta gran problemática, ya que este pecado se ha

convertido en una de las armas más utilizadas por Satanás para destruir familias, ministerios y la inocencia de cientos de niños. La pornografía es catalogada por el predicador Adrián Rogers como la “antítesis del amor”, pues la pornografía hace ver a las personas como objetos que pueden ser utilizados para satisfacer la lujuria de otros, convirtiendo el sexo en algo utilitario, como si se tratara de animales que necesitan satisfacer lo que pida su instinto. En contraposición a eso, está la verdad de Dios, que el acto sexual en el vínculo matrimonial, a puerta cerrada, es un gran regalo de Dios, en donde un hombre y una mujer pueden expresar su pasión y compañerismo mutuamente. Pero el diablo ha distorsionado el sexo a través de la pornografía: un mundo de engaño que destruye todo a su paso.

Algunas cifras alarmantes

La industria de la pornografía es una de las más lucrativas en el mundo entero. Aunque especialistas afirman que es muy difícil calcular cuánto dinero genera, estiman que podría estar en la lista de las diez industrias que más ingresos reportan anualmente. Este maligno negocio se ha convertido en una droga que ha logrado pervertir millones de personas en el mundo entero. Muchas investigaciones han demostrado que la edad promedio en la cual la niñez empieza a involucrarse con la pornografía está entre los 9 y 16 años. Esta adicción no es algo exclusivo del género masculino. La famosa cadena noticiosa BBC realizó un estudio con 1.000 mujeres, de las cuales el 47% aceptó haber consumido pornografía alguna vez, y el 14% confesó haber desarrollado algún tipo de adicción a ella.

Además de esto, es alarmante la gran cantidad de cristianos

que están atados a este perjudicial vicio. La pornografía es un vicio secreto; de ahí que un sinnúmero de cristianos estén atrapados en sus redes; muchos de ellos son jóvenes, quienes luchan con esta adicción, y no podemos ignorar que también muchas jovencitas cristianas están atadas a esto. Un artículo de la página cristiana para mujeres “Aviva nuestros corazones”, afirma que entre el 10% y el 20% de las jovencitas cristianas tienen problemas con la pornografía. Asimismo, son alarmantes las cifras de pastores y líderes eclesiásticos que batallan con esta adicción. La página “Protestante Digital” dio a conocer un estudio realizado a pastores, de los cuales 432 eran adultos y 338 eran jóvenes; los resultados mostraron que el 14% de los pastores adultos tienen luchas con este pecado, y el 21% de los jóvenes afirmaron estar sumergidos en este mal. Estamos ante una gran problemática moral y espiritual.

Daños psicológicos y espirituales

Como todos los vicios, la pornografía causa mucho daño en las diferentes áreas del ser humano; produce daños psicológicos, físicos y espirituales. El consumo de pornografía se inicia como algo leve, pero poco a poco, como sucede con todas las drogas, se empieza a generar un sentido de necesidad en sus consumidores. Varios estudios realizados por diferentes universidades y publicados por diarios reconocidos han demostrado la adicción que genera el consumo de pornografía.

La pornografía, como su nombre lo dice, es la ilustración explícita de actos sexuales que busca producir placer en sus consumidores. Y funciona así: El cerebro humano genera

una sustancia química llamada dopamina, la cual produce un sentido de placer hacia algo que se experimenta con los sentidos (tacto, gusto, olfato, vista y oído). Esto estimula a querer repetir la acción que hace que se le libere la dopamina, sustancia muy importante para el ser humano, pues es la que le estimula a repetir acciones que van a ayudar a su supervivencia, como el comer o relacionarse con otras personas. Pero en el caso de las adicciones, el cerebro libera grandes descargas de dopamina que produce una sobreestimulación, la cual hace que el individuo quiera repetir constantemente aquella acción que le ha generado placer. De ahí que la pornografía genere una adicción, tal como lo hacen el alcohol, las drogas y demás vicios, causando daños en el cerebro, alterando su funcionamiento y logrando así un sentido de necesidad e insatisfacción, buscando cada vez material más explícito y pervertido. Así como es evidente que un consumidor de droga necesita cada vez una dosis más fuerte para poder satisfacer su necesidad, la pornografía es una “droga” altamente destructiva, con alto riesgo de adicción, que influye aun en la parte física de sus consumidores, pues, según investigadores, está demostrado que el consumo de pornografía trae problemas de disfunción eréctil y falta de satisfacción en las relaciones sexuales matrimoniales, en el caso de los casados. Y con respecto a los solteros, en la mayoría de los casos, el consumo de pornografía va acompañado de masturbación, causando problemas de eyaculación precoz, impidiendo que se disfrute del sexo. Claro está que ninguna forma de lujuria va a reemplazar el verdadero placer sexual que se experimenta en el matrimonio entre un hombre y una mujer. Además de esto, la pornografía causa en sus consumidores una mala salud mental y depresión.

Daños espirituales

Ya que Dios nos creó como seres tripartitos (espíritu, alma y cuerpo), todo pecado afecta nuestro ser completo. El consumo de pornografía es un pecado de fornicación, pues la palabra que se utiliza en el Nuevo Testamento para fornicación es la palabra griega ‘*porneia*’, que denota todo tipo de acto sexual inmoral: relaciones sexuales premaritales, adulterio, masturbación, pornografía, lujuria, incesto, bestialismo, homosexualismo, lesbianismo, travestismo y toda clase de fetichismo, todos los cuales atentan contra Dios y contra nuestra propia naturaleza. No podemos ignorar las consecuencias espirituales que este pecado trae a la vida de sus practicantes. Satanás quiere robar, matar y destruir, y lo que él va a buscar, principalmente, es robar el gozo que nos ha dado Dios por medio de la comunión con Su Hijo Jesucristo. La Escritura es clara cuando dice en 2 Corintios 6:14: “*¿Y qué comunión (tiene) la luz con las tinieblas?*” Hemos sido llamados a la comunión en luz con Jesucristo por medio de Su sacrificio, una comunión en santidad, amando la justicia y la luz, las cuales son características de Dios. En otro tiempo estábamos muertos en delitos y pecados, pero ahora Dios nos ha acercado a Él para que podamos gozar de Su comunión y Su santidad. Entonces, es claro que la pornografía es un invento mismo de Satanás, un invento de las tinieblas que impide el gozo de la comunión en luz con el Señor Jesucristo. Todo pecado pone al creyente en una posición de vergüenza y le causa un sentido de miseria en su interior; pues, ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¡Ninguna! Aunque ver pornografía es algo que se hace en secreto, no puede estar oculto a los ojos de Dios, porque

Él es Omnipresente y Omnisciente. Además, Dios Espíritu Santo mora en el creyente, y cada vez que éste comete algún pecado, el Espíritu está ahí presente. La pornografía daña la comunión con Dios, y es ahí cuando viene Satanás con mayor fuerza a condenar al creyente, su conducta, y le hace sentir más miserable, impidiéndole ver alguna salida y llevándole a buscar refugio en otros muchos pecados.

La pornografía y su destrucción de la identidad

A través de la pornografía el diablo ha logrado banalizar la sexualidad y destruir la dignidad e identidad de niños y jóvenes. Es lamentable ver cómo el consumo de pornografía ha distorsionado el diseño original de Dios; la pornografía daña a las familias ya constituidas e impide que otras se formen. Es evidente que el consumo de pornografía a temprana edad dañará el concepto de sexualidad en el matrimonio entre un hombre y una mujer, pues la pornografía muestra al sexo como algo sin ningún tipo de compromiso, lo banaliza completamente, exponiendo detrás de una pantalla a personas del mismo sexo teniendo relaciones sexuales, y también a extraños teniendo sexo sin ninguna muestra de pudor ni de amor. El diablo usa esto para dañar la moral y para hacer creer que lo que está en la pantalla es lo “aceptable”, lo “correcto”, confundiendo a niños y jóvenes.

Algunos testimonios

Hay dos testimonios impactantes de jovencitas que cuentan sus experiencias con la pornografía a temprana edad. Una de ellas cuenta que a los 9 años de edad vio pornografía,

en la cual dos mujeres tenían relaciones sexuales, y esto la llevó a creer que era correcto tener intimidad con personas del mismo sexo. A partir de los 13 años de edad empezó a practicar el lesbianismo.

El otro caso es de una niña que comenzó a ver pornografía a los 13 años, y ella veía eso como algo normal. Más adelante, cuando tuvo 20 años, inició su carrera como actriz pornográfica. Ella fue engañada con la idea de que conformar una familia según el diseño original de Dios, era algo mojigato y anticuado.

Y así hay millones de testimonios de hombres y mujeres en quienes la pornografía ha desdibujado el diseño original que Dios tiene para el ser humano.

La trivialización en los círculos cristianos

La trivialización de cierta pornografía, por parte de algunos cristianos, termina en algo decadente. El diablo ha sido astuto; no ha llegado a los hogares cristianos de una forma abierta con películas pornográficas de contenido pesado, sino que ha ido ingresando con ciertas cosas que hacen que el estándar moral vaya decayendo. Las series de televisión producidas por la famosa cadena Netflix, las novelas de televisión y las películas de Hollywood, han ido ingresando escenas de desnudos y de actos sexuales que parecen “inofensivos artísticos”, según ellos, y hasta “gracioso” para algunos cristianos, quienes ignoran sus terribles consecuencias, pues esto empieza despertando cierto tipo de curiosidad hacia contenidos cada vez más explícitos. Muchos padres cristianos ignoran la seriedad del problema, y como decía el predicador

Adrián Rogers: “El diablo es muy astuto. El diablo sabe que si logra que usted se ría de algo, nunca verá la misma situación de manera seria; por eso él quiere que la gente se ría de la inmoralidad, del adulterio, del homosexualismo y de la perversión.” De esta manera va ingresando la pornografía en los hogares y va atrapando a niños y jóvenes. La sociedad constantemente está bombardeando pornografía, y a veces hace que parezca divertida, y no se perciben las terribles consecuencias que trae. No podemos tomar una posición de tregua ante la “revolución sexual” y todas sus formas de ataque; aunque parezcan inofensivas no son un juego ¡El diablo no está jugando! Debemos señalar como incorrecto e inmoral lo que Dios desapruueba; no hay punto intermedio. Dios no cambia. Su Palabra siempre ha condenado lo incorrecto. Lo que era incorrecto para Dios hace 3000 años, sigue siendo incorrecto hoy en día. La Palabra de Dios no está condicionada a culturas, ni épocas. Dios siempre ha señalado lo que es correcto y lo que es incorrecto. Él es inmutable, siempre Santo.

Exponiendo el pecado

La pornografía toma fuerza porque es un pecado concebido en lo secreto. Sus consumidores tienen fácil acceso a ella. Se puede ver en cualquier lugar y en cualquier momento, gracias al avance de la tecnología y el fácil acceso a internet. Es un pecado cultivado en lo secreto y, como todos los demás pecados, no va a ser debilitado hasta que sea expuesto. No se le debe restar importancia.

Ya se expusieron los daños que esto trae sobre los creyentes, sobre los niños y los jóvenes. ¡Su paga es la muerte! Cada

vez que el creyente cae en este pecado, el diablo siempre tratará de mostrarlo como algo tan terrible que no puede ser perdonado, pero Dios ofrece Su perdón a todo aquel que con corazón sincero se acerca a Él en arrepentimiento. Dios, a través del sacrificio de Su Hijo, nos ha dado la libertad del pecado; el pecado ya no nos puede atar de tal forma que quedemos inmóviles, pues Cristo nos ha libertado del poder del pecado y de la muerte. Por eso, no se debe pensar que el ser libre de la pornografía es algo imposible; en Dios hay poder para vencer toda clase de pecado y adicción. No debemos ser engañados por Satanás, como lo señala John Piper: “La lujuria no es un enemigo omnipotente que no pueda ser vencido”. Y el primer paso para vencerlo es confesándolo e ir a Dios, reconociendo el pecado en arrepentimiento y buscando Su ayuda.

También se debe tomar una posición de guerra, buscar ayuda en la iglesia, con los líderes y con la pareja (en el caso de los casados), y trazar reglas para lograr que este pecado pierda su fuerza. Si es necesario cortar el servicio de internet, se debe hacer, si se debe botar el televisor, los celulares, computadores, tabletas (o ‘*tablets*’, en inglés), se debe hacer. El mismo Señor Jesucristo decía que si un ojo era ocasión de caer, debía ser sacado, pues es mejor que se pierda un ojo, y no que todo el ser se pierda en el infierno (Mt. 5:29). El pecado no es laxo con el hombre, es cruel y despiadado; por eso se debe tomar la misma posición en contra de él.

La voluntad de Dios es nuestra santificación

La voluntad de Dios es nuestra santificación (1 Ts. 4:3).

Dios ya nos ha santificado en Su Hijo Jesucristo, nos ha apartado para Él por medio de Su obra perfecta en la cruz; esto se conoce como la santificación posicional. Pero ahora también vemos que la Escritura nos habla de una santificación práctica o progresiva, que es el acto por medio del cual nosotros cada día vamos siendo más conformados a la imagen de Jesucristo. Dios quiere que Sus hijos muestren Su carácter santo en la Tierra. El apóstol Pablo habla a los tesalonicenses de la santificación en el área sexual; dice que ellos deben vivir apartados de toda inmoralidad sexual y que deben tener sus esposas en santidad y honor, no en pasión de concupiscencias, como los demás gentiles.

La verdadera sexualidad no es como la define el mundo, sino como Dios la ha establecido en Su Palabra. Ningún tipo de lujuria es permitida por Dios. El mundo intenta atraparnos en su corriente inmoral a través de la pornografía, algo que es abominable a los ojos de Dios. Como cristianos debemos apartarnos de esto, juzgarlo y mantenerlo lo más lejos posible de nuestra vista y de nuestras vidas. La pornografía no es un juego; verla es un acto de inmoralidad que causa grandes problemas; es un pecado que Dios juzgará, y es algo que aleja a las personas de la realidad, distorsionando el verdadero significado del sexo.

El sexo es un regalo de Dios para el hombre y la mujer que están unidos en un vínculo matrimonial, y es algo santo, que llena de felicidad y de satisfacción cuando se hace bajo los parámetros dispuestos por Dios, siendo el medio que Dios estableció para la reproducción de la vida, la cual es el resultado de la expresión de amor entre un hombre y una mujer

dentro de la esfera matrimonial.

Aplicaciones finales

- Luche contra el pecado mediante la oración.
- Prepárese para la guerra, echando mano de la Palabra de Dios y de libros que aborden directamente este tema.
- Haga de la santificación de la mente una meta anhelada.
- Busque ayuda inmediatamente, únase a grupos a quienes rendir cuentas.

Andrés Rodríguez

.....

El hombre de Dios y la opinión del mundo

“El hombre regenerado no usa la opinión del mundo como su norma con respecto a lo bueno y lo malo. No le importa ir contra la corriente de las conductas, ideas y costumbres del mundo. Lo que dicen o hacen los demás ya no le preocupa. Vence al amor del mundo. No encuentra placer en las cosas que parecen dar felicidad a la mayoría de las personas. A él le parecen necias e indignas de un ser inmortal.

Ama los elogios de Dios más que los elogios del hombre. Teme ofender a Dios más que ofender a los hombres. No es importante para él si lo culpan o elogian, su meta principal es agradar a Dios.”

J. C. Ryle

Limitando lo que Dios puede hacer

“Y le volvió a decir: Toma las saetas. Y luego que el rey de Israel las hubo tomado, le dijo: Golpea la tierra. Y él la golpeó tres veces, y se detuvo. Entonces el varón de Dios, enojado contra él, le dijo: Al dar cinco o seis golpes, hubieras derrotado a Siria hasta no quedar ninguno; pero ahora sólo tres veces derrotarás a Siria.” (2 R. 13:18-19). “Siempre estamos en peligro de fijar un límite a lo que Dios puede hacer. Hoy Dios quiere que nos preparemos para un nuevo avance en la extensión del Evangelio, pero nosotros y nuestra fe no estamos dispuestos a ir. No hemos entendido el curso de la saeta de victoria divina. Nuestra complacencia por los centenares de almas que han venido a Él puede estar impidiendo que vengan a Él de a miles. ¿No será que el nuevo salón que hemos construido para la proclamación del Evangelio imponga un límite al crecimiento futuro? Siempre existe el peligro grave de circunscribir la gracia de Dios. La bendición que Él da está destinada a preparar el camino para una bendición aún mayor, y nunca para ser una barrera o límite. No dejemos de trabajar de acuerdo con un plan, pero sacudámonos para liberarnos de las ataduras del pasado, y vivamos en un estado de expectativa constante. Delante de nosotros aguarda una obra mucho mayor que la que queda detrás. Dios planea para nosotros bendiciones sin precedentes.”

Watchman Nee

“El caminar en el Espíritu demanda que vivamos en la Palabra de Dios como el pez vive en la mar.”

A. W. Tozer

“En la lápida de la iglesia moderna, la inscripción a ser leída será:
Fueron entretenidos tanto, que eso les causó la muerte.”

Leonard Ravenhill

YO Y MI CASA SERVIREMOS A JEHOVÁ

*“Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis;
... pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”* (Jos. 24:15)

Constantemente, la Biblia enseña que en el corazón de Dios no sólo está el querer salvarnos de manera individual, sino que también el Señor anhela profundamente que nuestras casas lleguen a ser salvas por Él y para Él. Es por esta razón que, a lo largo de toda la Biblia, encontramos a la familia como una unidad esencial con la cual el Señor quiere adelantar Su propósito.

En el Antiguo Testamento encontramos que Dios no sólo quiso salvar a Noé del juicio del diluvio, sino que incluyó a toda su casa en el arca de la salvación, la cual es figura de la salvación que Dios traería, posteriormente, por medio de Cristo. *“Dijo luego Jehová a Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación.”* (Gn. 7:1).

Más adelante, Dios prometió a Abraham, a Isaac y a Jacob que en su simiente, la cual es Cristo, serían benditas todas las familias de la Tierra. Dios podría haber prometido a Abraham que por medio de aquella simiente serían benditos todos los hombres, pero dejó claro que Su interés es bendecir a todas las familias: *“... y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.”* (Gn. 12:3).

Asimismo, cuando Dios liberó al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto, manifestó que no estaba conforme con que Faraón permitiera salir a unos pocos hombres a adorarle en el desierto, sino que era necesario que las familias de los israelitas, sus ancianos, niños, hijos e hijas, e incluso sus posesiones, fuesen liberados y llegaran a participar de las bendiciones de la Tierra Prometida. *“Moisés respondió (a Faraón): Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir; porque es nuestra fiesta solemne para Jehová.”* (Ex. 10:9).

También en el Nuevo Testamento encontramos que la salvación alcanzó, no solamente al carcelero de Filipos, sino también a toda su casa. *“Ellos (Pablo y Silas) dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa. Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa... y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios.”* (Hch. 16:31-32,34)

Nuestra responsabilidad

Debemos entender que, como hijos de Dios y cabezas de nuestras casas, nos convertimos en el canal principal por medio del cual Él espera ganar también el corazón de toda nuestra familia, aquellos ante quienes nos ha delegado su cuidado y autoridad, a quienes debemos transmitir aquella bendición que hemos recibido, para encaminarlos por las sendas que conducen a la salvación y al Reino Celestial.

No afirmamos que Dios, en Su soberanía y misericordia, no pueda llegar a emplear otros medios para atraer a los nuestros, pero no hay duda de que Él quiere encontrar en nosotros

instrumentos útiles para este propósito y, ciertamente, Dios tomará cuenta de ello cuando nos presentemos ante Su Trono en el Tribunal de Cristo.

Algunos principios bíblicos para los padres

Reconocemos que el encaminar las vidas de nuestros hijos es una responsabilidad muy elevada delante del Señor, y que necesitamos disponer nuestro corazón para Su enseñanza, evitando mantener nuestros propios conceptos de autoridad, amor y corrección, los cuales hemos recibido del mundo, de la tradición familiar, del entorno socio-cultural, e incluso de nuestras desviaciones religiosas; conceptos que resultan desequilibrados e insuficientes para levantar a nuestros hijos en sujeción a los caminos del Señor; por el contrario, al aplicarlos, nos convertimos en piedra de tropiezo al distorsionar el carácter de Cristo y los principios verdaderos de Su Reino.

Con la ayuda del Señor, examinaremos algunos de los principios que encontramos en la Palabra de Dios (sin pretender abarcarlos todos), para los que hemos recibido esta responsabilidad para con nuestros hijos, ante Dios.

1. Consagración por nuestros hijos

En primer lugar, debemos considerar que esta tarea demandará un mayor nivel de perfeccionamiento y santificación de nuestra parte. Por causa de nuestros hijos debemos consagrar nuestras vidas al Señor, apartando nuestro corazón de toda cosa, costumbre, amistad, palabra o comportamiento, que pudiera llegar a afectar el testimonio

que nuestros hijos reciban del Señor a través de nosotros. Como creyentes, deberíamos recordar la instrucción que recibieron de parte de Dios los padres de Sansón, antes que éste naciera, para aplicarla en nuestras vidas. Dios le dijo a la mujer: "... *concebirás y darás a luz un hijo. Ahora, pues, no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda.*" (Jue. 13:3-4). No debe extrañarnos el hecho de que algunos que crecieron en el seno de un hogar cristiano, hoy estén extraviados por causa de que no encontraron en sus padres la evidencia del carácter y santidad de Cristo, sino que más bien tuvieron que ser confrontados al ver que el caminar de sus padres se asemejaba más a la vida de los no creyentes, que al carácter y la vida de los hijos de Dios. La facilidad con la que nuestros hijos lleguen a rendir su vida a Cristo dependerá, en gran medida, de que ellos puedan evidenciar en nosotros un testimonio que se corresponda con el carácter santo, amoroso, justo y bueno de Aquel a quien queremos presentarles como digno de que le rindan sus propias vidas.

2. Considerar la conciencia de nuestros hijos

Tanto en el libro de Génesis, como en el de Josué, la Palabra de Dios nos presenta un principio divino por medio del cual los hijos de los israelitas irían conociendo la obra que Dios había hecho a favor de ellos. Este principio consistía en responder a las preguntas que fueran formulándose en los corazones de sus hijos, las cuales surgirían, naturalmente, al considerar la obediencia de sus padres a las ordenanzas de Dios. En *Éxodo 12: 25-27* leemos: "... *Y cuando entréis en la tierra que Jehová os dará, como prometió, guardaréis este rito. Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué es este rito vuestro?, vosotros*

responderéis: Es la víctima de la pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas...” Si nuestros hijos evidencian una vida de constante oración, meditación en la Palabra y comunión con la Iglesia, sus corazones comenzarán también a ser inquietados por el Señor, y vendrán a preguntarnos la razón por la que nuestras vidas, hábitos y comportamientos son diferentes a los del mundo y, de este modo, encontraremos un buen terreno para testificarles de la grandeza de la obra de Dios por nosotros. No hay duda de que una evidencia del testimonio que estamos dando en nuestras casas, la tendremos en la clase de preguntas que recibimos de nuestros hijos, con las cuales el Señor nos confronta constantemente.

El Señor esperaba que los corazones de los hijos israelitas fueran despertados al observar las vidas de sus padres, en lugar de simplemente ordenarles que cumplieran Sus ritos. Debemos prestar atención a este principio, para que en nuestro afán de moldear el carácter de nuestros hijos y en el deseo de instruirlos en Su camino, no lleguemos a sobrepasar su nivel de conciencia, al someterlos a ordenanzas o enseñanzas que lleguen a convertirse en cargas demasiado pesadas para ellos y, que en vez de ser de bendición para sus vidas, se conviertan más adelante en un tropiezo para acercarse de una manera sincera y real a Cristo. Es preocupante que los hijos de los creyentes lleguen a perder su inocencia, ternura y alegría, por causa de haber sido sometidos a imposiciones desmedidas de padres creyentes, sin llegar a considerar su edad, nivel de madurez y carácter, los cuales fueron dados a cada uno, particularmente, por el Señor.

3. Instruirlos en la Palabra

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.” (Dt. 6:6-7). En este pasaje podemos encontrar otro principio divino que consiste en instruir a nuestros hijos en el consejo del Señor por medio de Su Palabra.

“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.” (Pr. 22:6). Esta es una de las acciones más importantes que debemos realizar para guardar el camino de nuestros hijos y, por tanto, deberíamos dedicar todo el tiempo y esfuerzo necesarios para que ellos puedan conocer, por las Escrituras, los hechos poderosos de Dios, Sus promesas y mandamientos, llevándolos a meditar constantemente en ellos; de manera que sus pensamientos sean alumbrados para discernir y comprender todos los aspectos y circunstancias de sus vidas a la luz de la Palabra de Dios.

Cada promesa de Dios que les transmitamos fortalecerá su fe y los equipará para afrontar los retos y desafíos que tendrán en sus vidas más adelante, confiando en la fidelidad de Dios, y guardando sus corazones de todo afán y ansiedad. Cada pasaje bíblico en el que ellos puedan evidenciar el gran poder y amor de Dios para con Su pueblo, con seguridad será usado por el Señor para quitar todo temor de sus corazones en tiempos difíciles.

Asimismo, cada mandamiento y consejo de Dios que puedan llegar a conocer por las Escrituras, podrá ser usado

por el Señor para despertar sus conciencias y guardarlos a fin de ser apartados de todo mal camino.

Satanás querrá ganar la mente y arrastrar la vida de nuestros hijos por medio de todas las corrientes ideológicas, religiosas y filosóficas que surgen en el mundo. Ciertamente, es urgente que podamos guardar a nuestros hijos de estos ataques, sembrando en sus mentes las verdades del Reino de Dios.

4. Amor y autoridad paternal

Dios espera que podamos gobernar nuestros hogares, lo cual implica ejercer la autoridad que como padres nos ha sido delegada por Él, para levantar así a nuestros hijos en obediencia y sujeción. 1 Timoteo 3:4 dice: “... *que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad...*”

El Señor Jesucristo enseñó a sus discípulos a distinguir entre la autoridad ejercida en el mundo y la autoridad espiritual que se expresa en Su Reino. La del mundo se basa en enseñorearse de los otros por medio de la imposición; mientras que la del Reino de Dios está basada en la sujeción voluntaria por amor al Señor y el servicio (Mt. 20:25-28), lo cual Él mismo confirma con su propio ejemplo, pues Su autoridad como hombre glorificado se fundamenta en Su despojamiento, servicio y muerte en la cruz (Fil. 2:5-11).

Por tanto, la autoridad espiritual delegada a los padres deberá también corresponderse con este principio, y ser ejercida, teniendo como fundamento el amor y el servicio manifestado hacia nuestros hijos, los cuales a su vez

producirán en el corazón de éstos la sujeción que legitime nuestra autoridad, mientras cuidamos de no deformarla en un autoritarismo carnal y desmedido. No podremos exigir que nuestros hijos se sujeten en obediencia, si nosotros hemos sido descuidados en los aspectos más prácticos, como son: su sustento, cuidado y protección; o cuando no dedicamos el tiempo para expresarles el amor, el consejo y la compañía que debemos entregar de parte de Dios para ellos. Es incorrecto y lamentable que hoy muchos padres no estén dispuestos a sacrificar sus comodidades, tiempo, placeres e intereses personales, por amor a sus hijos, pero sí esperan de ellos la obediencia a todas sus exigencias y ordenanzas. Esta actitud contradice claramente el principio de la autoridad divina.

Por otra parte, no podemos desconocer nuestra responsabilidad de ejercer la autoridad de manera legítima. Sabemos que nuestros hijos están sujetos a la naturaleza pecaminosa que nosotros les hemos transmitido al nacer y, por tanto, su alma está sujeta al poder del pecado, y no deberíamos permitir que la rebeldía sembrada por Satanás gane demasiado terreno en sus corazones. Identifiquemos, constantemente, aquellos pensamientos, sentimientos y decisiones en la vida de nuestros hijos que no se conforman al carácter y santidad de Cristo, de manera que no debemos atender a los caprichos y pretensiones de su corazón egocéntrico, sino más bien inculquémosles la sujeción de sus propios deseos a la voluntad y dirección de Dios a través de sus padres.

Seamos conscientes que cuando dejamos de ejercer la autoridad ante nuestros hijos, y permitimos que su alma se

desenfrene por sus propios caminos, estamos dificultando y retrasando la obra del Señor para alcanzar sus corazones.

5. Corregir y estorbar los malos caminos

Otro principio a considerar es el referente a la disciplina que el Señor espera que ejerzamos en las vidas de nuestros hijos. “... *Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.*” (He. 12:6). Este verso nos enseña que Dios sólo disciplinará a aquellos a los que antes les ha manifestado Su amor y cuidado. Debemos considerar que la medida de disciplina y corrección que apliquemos para con nuestros hijos nunca deberá sobrepasar la medida del amor que les hemos expresado. Sabemos bien que en el mundo, constantemente, se maltrata a los más pequeños, al mismo tiempo que no reciben de sus padres ninguna muestra de amor y afecto. Ciertamente esta “corrección” no producirá nada más que una mayor rebeldía y, en muchos casos, cosechará sentimientos de desprecio hacia sus propios padres.

Por otra parte, este verso nos muestra que la corrección es una necesaria expresión del amor de Dios para guardarnos de nuestros malos caminos y corregir nuestras almas. Proverbios 23:13-14 dice: “*No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol.*” Dios no exime de corrección y castigo a aquellos que ama, y cuando, en Su sabiduría, considera que es necesario disciplinarnos, no tardará en hacerlo. De la misma manera, somos responsables de ejercer la disciplina sobre nuestros hijos, con el fin de que ellos puedan percibir que aquello que están expresando con su conducta debe ser corregido, y así los estaremos guardando de un tropiezo aún mayor.

Así como la vida de muchos hombres están hoy perdidas por falta de afecto y amor, también muchos están apartados de los caminos del Señor por falta de corrección y disciplina en los momentos adecuados y en las maneras apropiadas, no teniendo ningún estorbo por parte de sus padres para extraviarse en los caminos del mundo. Tenemos un ejemplo de esto en la Biblia, en el caso del sacerdote Elí y de sus hijos. Dios esperaba que este hombre estorbara a sus hijos cuando ellos comenzaron a abandonar los preceptos del Señor, pero al no hacerlo, ellos se fueron desviando lentamente hasta perder todo rasgo de temor a Dios en sus corazones, llegando así a blasfemar de Él. Y Dios le dijo a Elí, a través de Samuel: *“Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado.”* (1 S. 3:13).

Pidamos sabiduría al Señor de manera que podamos estorbar y corregir a nuestros hijos antes que sus corazones se desvíen definitivamente. Esto traerá una tristeza momentánea a sus corazones, y aún a los nuestros, pues no quisiéramos causarles dolor, pero el fruto de la corrección será la paz que tendremos al haberlos guardado del mal, y un descanso y gozo verdaderos para ellos (He. 12:11).

Debemos ejercer la corrección cuando sea verdaderamente necesaria, y no como producto de nuestra desesperación, irascibilidad y falta de paciencia. Cerciorémonos de que la disciplina y corrección sean percibidas claramente por nuestros hijos como una muestra más de nuestro amor por ellos.

Una decisión en nuestro corazón

Como hijos de Dios, confiamos en que podamos tomar la firme decisión de presentarnos juntamente con nuestra familia al servicio del Señor, guardando nuestras vidas para Él, y que podamos decir, al igual que Josué: “...yo y mi casa serviremos a Jehová.”

Oramos para que el Señor nos guarde de todo desequilibrio y ligereza en esta preciosa labor que Él ha puesto delante de nosotros, y que podamos gozarnos en Su Venida al presentar el fruto de Su obra en nosotros, también manifestada ampliamente en toda nuestra casa.

Andrés Salamanca

.....

“Si usted sospecha que una persona, una oportunidad, una situación o cualquier otra cosa están siendo usadas por Satanás como un medio para tentarlos, no dé otro paso sin asegurarse de que Dios le está guiando.”

John Owen

“Es algo extremadamente terrible cuando un hombre, que no tiene la autoridad del Espíritu Santo, quiere imponer su ministerio en la carne y por la fuerza.”

Pablo David Santoyo

La perseverancia del Espíritu Santo

“Hace cuarenta y tres años, el Espíritu de Dios en la gracia, me llevó a confiar en el Señor Jesucristo. He tenido muchos altibajos desde entonces; como la gente antigua acostumbraba cantar en una reunión al aire libre a la que asistí: *“A veces estoy en lo alto y a veces en la hondura, pero mi alma igual mantiene la celestial ligadura.”*”

He tenido experiencias variadas, pero lo maravilloso es esto: El Espíritu Santo de Dios nunca me ha abandonado. Y si a veces he sido rebelde y obstinado, y no me postré inmediatamente ante Dios para arrepentirme de mi rebeldía y obstinación, entonces encontré que debía estar bajo la vara, la vara de mi Padre, y Él me azotaba, sometién dome, hasta que yo llegaba al punto cuando estaba listo para confesar mi falla y ser restaurado a la comunión con Él. Pero yo era de igual manera tan verdaderamente Su hijo mientras recibía un buen azote, como cuando los efectos de éste me habían restaurado a la comunión. Su hijo no cesa de ser su hijo cuando usted lo pone sobre sus rodillas y le azota con su chancleta; es porque él es su hijo, y porque usted quiere que crezca hasta ser un muchacho de buen comportamiento, que usted hace eso. Y así creemos en la perseverancia del Espíritu Santo, quien habiendo comenzado la obra, la continuará hasta completarla.”

H.A. Ironside

.....

“Hay una cosa peor que no ser cristiano, y es no serlo y creer que lo eres.”

Miguel Núñez

GRACIA PARA LA SUMISIÓN DE LA ESPOSA

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.” (Efesios 5:22-24)

Cuatro gracias son necesarias para sazonar el sometimiento de una esposa. Esta conclusión general podría aplicarse al asunto de la sumisión y, también, a la forma de la sumisión. Para que la Iglesia reconozca a Cristo como su superior, interiormente le tema, lo reverencie con sus actos, le obedezca, absteniéndose de hacer aquello que Él prohíbe, y también llevando a cabo aquello que Él ordena... hay cuatro virtudes especialmente necesarias para lograr tal efecto, con las cuales la Iglesia sazona su sometimiento a Cristo; y las esposas también pueden y deben hacer lo mismo con su sometimiento a sus esposos.

1. La humildad

La humildad es esa gracia que evita que uno tenga un concepto de sí mismo más elevado de lo necesario. Si en el corazón de la esposa hay humildad, hará que tenga una mejor opinión de su esposo que de sí misma, y que esté más dispuesta a estar sujeta por completo a él. El apóstol requiere esta gracia en todos los cristianos, como si fuera la salsa general que

condimenta todos los demás deberes (Fil. 2:3; Ef. 4:2), pero de una forma peculiar, sobre todo para las esposas; porque existen muchas prerrogativas correspondientes al lugar que ocupan, y que pronto las podría hacer pensar que no deberían estar sujetas, a menos que tengan una mentalidad humilde. Que la Iglesia sazona con ella su sumisión queda claro en el libro del Cantar de los Cantares, donde ella reconoce a menudo su propia humildad, y la excelencia de su Cónyuge. Por tanto, así como la Iglesia está humildemente sujeta a Cristo, que las esposas lo estén a sus maridos.

“Lo contrario es el orgullo, que hincha a las esposas y las hace pensar que no hay razón por la que deberían estar sometidas a sus maridos”. Ellas pueden gobernarse a sí mismas bastante bien, sí, y también a sus maridos, ¡como ellos lo hacen con ellas! No hay vicio más pestilente para un creyente que el orgullo. Es la causa de toda rebelión, desobediencia y deslealtad: “*Ciertamente la soberbia concebirá contienda...*” (Pr. 13:10).

2. La sinceridad

La sinceridad es la gracia que hace que uno realmente sea por dentro lo que parece ser por fuera; esa sinceridad de corazón que se les exige, de forma expresa, a los siervos, y que puede ser aplicado a las esposas, ya que tiene que ver con todos los tipos de siervos de Dios (Ef. 6:5). Como sólo la discierne el Señor, quien escudriña todos los corazones (Hch. 1:24), la sinceridad llevará a la esposa a mantener un ojo en Dios en todo lo que hace, y a esforzarse para ser aprobada por Él por encima de todo. Aunque no hubiera ningún otro

motivo en el mundo que la moviera a la sujeción, por motivos de su conciencia hacia Cristo, debería someterse. Pedro testifica sobre mujeres santas en el Antiguo Testamento, que confiaban en Dios y estaban sujetas a sus esposos (1 P. 3:5). Esto implica que la conciencia de ellas hacia Dios las hacía estar sujetas a sus esposos. ¿No estaba la sumisión de Sara sazónada de sinceridad cuando en su interior, en su corazón, llamaba señor a su esposo? (Gn. 18:12).

Hay grandes razones por las cuales las esposas deberían someterse en sinceridad:

- En la sumisión a sus esposos, están tratando con Cristo, en representación del cual están ellos. Aunque sus esposos, que no son sino hombres, sólo ven el rostro y la conducta externa, Cristo ve el corazón y el carácter interior de las esposas. Aunque sus esposos sólo vean las cosas que ellas hacen delante de ellos, y sólo se enteran de las que hacen delante de otros, Cristo ve y sabe las cosas que se hacen en los lugares más secretos, donde nadie más puede estar, y sólo la esposa está enterada de ellas. Admitamos que en su conducta externa proporcionan gran contentamiento a sus esposos y los complacen de todas las maneras, pero si no hay sinceridad en ellas, ¿con qué cara comparecerán delante de Cristo? Él les pedirá cuenta por ello. Delante de Él, poco de su complemento externo les servirá.

- Aquí existe una principal diferencia entre una verdadera esposa cristiana piadosa y una mujer que es meramente natural. Esta última puede estar sujeta a su marido con un motivo ulterior, como, por ejemplo, para que su esposo pueda amar-

la más o para vivir de la manera más tranquila y apacible con él; o para poder obtener, con mayor facilidad, aquello que desea de manos de su esposo; o por temor a desagradarlo y enojarlo, sabiendo que es un hombre iracundo y furioso. Si ella, siendo y actuando de otro modo, no se sujetara, él podría comportarse peor con ella, pudiendo carecer entonces de muchas cosas necesarias o, peor aún, recibiendo maltrato por no ser sumisa.

Pero la mujer cristiana siente respeto por la ordenanza de Cristo, quien convierte a su esposo en su cabeza, por su Palabra y Voluntad, a través de las cuales se le ordena sumisión; así, las mujeres santas se sujetaron (1 P. 3:5). La esposa cristiana no puede ser santa si no se sujeta, porque este es el dulce aroma que Cristo disfruta cuando sube hasta Él, y el que hace que las cosas le sean agradables y aceptables.

- El beneficio de que esta virtud esté plantada en el corazón de una esposa es muy grande, y esto redundará en bien, tanto para su esposo como para ella misma. Para su esposo, será la manifestación del respeto de ella, tanto delante de los demás, a sus espaldas, como delante de él mismo en su presencia. Hará que ella le sea fiel y que ponga especial cuidado en hacer su voluntad dondequiera que él esté, sea con ella o lejos de ella. Y el bien para ella, por cuanto le ministrará un dulce consuelo interno, aun cuando su esposo no tomara nota de su sujeción o la malinterpretara o la exigiera con dureza. Pero ella podría decir como Ezequías: “...*Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos...*” (Is. 38:3).

“El disimulo y una mera sujeción complementaria externa es lo contrario a la sinceridad, cuando la esposa incluso llega a menospreciar a su marido en su corazón (como Mical hizo con David, 2 S. 6:16), pero le pone buena cara cuando él está delante.” Aunque una esposa así llevara a cabo todos los deberes mencionados con anterioridad, para Dios éstos no contarían igual, ya que se estarían haciendo con un corazón de doble ánimo, y no con sencillez de corazón.

3. La alegría

La alegría es más aparente que la sinceridad y hace que la sujeción sea más agradable, no sólo a Dios, sino también al hombre, quien por sus efectos puede discernirla con facilidad.

Y es que Dios, quien hace todas las cosas de buena gana y con alegría, espera que sus hijos le sigan en esto y, por tanto, se muestren alegres. “...*Dios ama al dador alegre.*” (2 Co. 9:7). No sólo Dios ama al que da con alegría, sino también al que cumple así todos sus deberes para con Dios y para con el hombre.

Para los hombres, esta cualidad hace que acepten de mejor manera cualquier deber cuando observan que la esposa lo hace con alegría. Esto incluso embelesó a David de gozo, ver cómo su pueblo ofrecía sus dones de buena gana al Señor (1 Cr. 29:9-10). Cuando un esposo ve que su mujer realiza su deber con buena disposición y alegría, sentirá mayor amor hacia ella. Esta alegría se manifiesta por una realización hábil, rápida y pronta de su deber. La disposición de Sara a obedecer muestra que lo que hizo, lo llevó a cabo de buena gana. Que la Iglesia se sujeta así a Cristo es evidente en las

palabras de David: “*Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder...*” (Sal. 110:3). Por tanto, así como la Iglesia está sometida a Cristo con alegría, sométanse las esposas a sus maridos, igualmente.

“Contraria a esta alegría es la disposición huraña de algunas esposas, las cuales se sujetan a sus esposos y los obedecen, pero con el rostro tan sombrío y agrio, con lloriqueo y murmuración, que afligen a sus esposos más por sus maneras, de lo que pueden agradecerles con lo que hacen”. En esto se muestran como ante una mala vaca, la cual, habiendo proporcionado abundancia de leche, luego la tira de una patada. Semejante “sujeción” no lo es en absoluto; no puede ser aceptable ante Dios, ni provechosa para sus esposos, ni alentadora para las esposas en sus propias almas.

4. La constancia

La constancia es una virtud que hace que las demás sean perfectas y establece una corona sobre ellas, sin la cual todas las demás juntas son nada. Se encuentra en aquellas esposas que, después de haber empezado bien, siguen actuando así hasta el final, recogiendo entonces el fruto de todo. Tiene que ver tanto con la continuidad sin interrupción, como con la perseverancia, sin rebelarse ni darse por vencida. Así como no basta con estar sujeta a tropezones —ofreciendo toda buena obediencia en unos momentos, pero en otros, obstinación y rebeldía—, tampoco es suficiente ser una buena esposa al principio, para resultar mala después. Debe haber un proceder diario, una perseverancia a través del tiempo, mientras marido y mujer vivan juntos. Esta gracia es

mencionada en Proverbios 31:12: “*Le da ella bien y no mal todos los días de su vida.*” Así eran todas las santas esposas elogiadas en las Escrituras. La Iglesia añade esta gracia a todas las demás virtudes que posee y, en todas las partes de su sujeción, permanece constante y fiel hasta la muerte, llegando así a recibir por fin la recompensa de su santa obediencia, que es la plena y perfecta comunión con su Esposo, Cristo Jesús, en el Cielo. Respecto a su constancia inamovible, se dice: “...*las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.*” (Mt. 16:18). Por tanto, así como la Iglesia está constantemente sujeta a Cristo, que las esposas lo estén a sus maridos.

Sobre el grado de la obediencia de la esposa

La medida de la sujeción de la esposa queda establecida bajo estos términos generales: “en todo”, que no deben tomarse de forma tan absoluta, como si no admitieran restricción o limitación alguna. Y es que entonces contradecirían advertencias como éstas: “*en el temor de Dios*”; “*como al Señor*”; “*en el Señor*” (Ef. 5:21-22; Col. 3:18). El hombre es tan corrupto por naturaleza y de un carácter tan perverso que, con frecuencia, quiere y ordena aquello que se opone a la voluntad y al mandamiento de Dios. Cuando actúa así, debe prevalecer el principio cristiano establecido en tales casos por los apóstoles: “...*Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*” (Hch. 5:29).

La sujeción de la esposa no sólo respeta su práctica, sino también su juicio y su opinión; si ella es capaz de llevarlos a la legitimidad y a la funcionalidad de lo que su esposo requiere, lo hará con mucha más alegría.

La presunción de las esposas que se creen más sabias y más capaces de juzgar mejor los asuntos que sus esposos es la actitud contraria a lo que se espera de ellas. No niego que una esposa pueda tener más comprensión que su esposo; algunos hombres son muy ignorantes y sin sentido, mientras que, por otra parte, algunas mujeres están bien instruidas y, así, han alcanzado gran medida de conocimiento y discreción. Sin embargo, aunque sus maridos tengan bastante buen entendimiento —son sabios y discretos—, muchas mujeres siguen pensando que, algo que una vez concibieron como verdad, debe serlo necesariamente. Tal es su obstinación que no hay manera de convencerlas de que pueden estar equivocadas; afirman que nadie, de ningún modo, conseguirá hacerles creer que lo están, aunque todos los esposos del mundo puedan ser de otra opinión. La última conclusión acerca de que la esposa ceda en la práctica a lo que su esposo requiere, aunque en su razonamiento no piense lo mismo acerca de cómo hacerlo, es que ella tiene respeto por las cosas indiferentes o no primordiales, es decir, por aquellas que no están expresamente ordenadas ni prohibidas por Dios, como los asuntos externos al hogar, su orden, la disposición de los bienes, recibir invitados, y otros asuntos.

Pregunta: ¿No puede ella razonar con su esposo sobre las cuestiones que, en su opinión, no han sido tratadas como es debido, y esforzarse por convencerlo para que no siga presionando al respecto, intentando hacerle ver que el tema en cuestión sigue sin resolverse (según piensa ella), tal como ella lo ve?

Respuesta: Con modestia, humildad y reverencia puede hacerlo, y él debería escuchar a su esposa, como hizo el

esposo de la sunamita (2 R. 4:23-24). Si a pesar de todo lo que ella pueda decir, él persiste en su decisión y quiere hacerlo a su manera, ella debería ceder. Si su esposo le ordena hacer aquello que Dios ha prohibido de manera expresa, ella no debería rendirse en modo alguno. Si lo hace, se podría considerar más bien como una conspiración conjunta del marido y su esposa contra la voluntad de Dios; como Pedro le dijo a Safira, la mujer de Ananías: "... ¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor?..." (Hch. 5:9). En este caso, ella debió sujetarse más bien a la voluntad de Dios, y no participar con su esposo en ese pecado que le trajo la muerte física inmediata a ambos.

En segundo lugar, que ella ceda en las cosas indiferentes o no primordiales contribuye mucho a la paz en la familia, así como el que los ciudadanos se rindan a sus gobernantes en estas cosas hace mucho por la paz de la comunidad. Y es que en las diferencias y en las disensiones, una parte debe ceder, o lo más probable es que se produzca un gran daño.

Al sujetarse a su marido, la esposa está sujeta a Cristo. Aplicando esta razón, espero que las esposas que viven bajo el Evangelio posean tanta fe y piedad como para reconocer que les conviene estar sujetas al Señor Jesucristo. Aprendan aquí, pues, una parte especial y principal de la sujeción a Cristo, que consiste en estar sujetas a sus maridos. Así mostrarán que son las esposas de Cristo el Señor, como afirma el apóstol Pedro acerca de los siervos obedientes: "... como siervos de Dios." (1 P. 2:16).

Una vez más, espero que nadie esté tan vacío de toda fe y piedad como para negarse a someterse a Cristo. Tomemos nota aquí de que si alguna se niega, deliberadamente, a

sujetarse a su marido, por ende, se estará negando a sujetarse a Cristo. Por este motivo, puedo aplicar, adecuadamente, a las esposas lo que el apóstol Pablo dice sobre los siervos: Cualquiera que se resista al poder y a la autoridad del esposo, se resiste a la ordenanza de Dios, y quien se resiste a ella, acarrea sobre sí condenación (Ro. 13:2).

Este motivo es fuerte. Si las esposas cristianas lo consideraran como es debido, estarían más dispuestas y se someterían con mucha más alegría que muchas otras; no pensarían tan a la ligera sobre el lugar del esposo, ni hablarían con tanto reproche, como hacen muchas, contra los ministros de Dios que declaran con claridad el deber que ellas tienen para con sus esposos.

Por tanto, si esta idea de la sumisión parece una píldora demasiado amarga como para tragarla y digerirla bien, dejen que sea endulzada por la Palabra de Dios, y podrán tomarla mucho mejor, y su efecto será mucho más benigno.

William Gouge (1575-1653)

(Tomado y adaptado de “Portavoz de la Gracia”, # 24:
“Feminidad Virtuosa” - www.chapellibrary.org)

.....

“La mentira es como una bola de nieve: cuantas más vueltas da, mayor se hace.”

Martín Lutero

“La persecución nunca ha dañado a la Iglesia; la prosperidad sí.”

Paul Washer

SUICIDIO - ESPERANZA PARA QUIENES QUIEREN ACABAR CON SUS VIDAS

“...Salva a los que están en peligro de muerte.” (Proverbios 24:11)

Jesús, como la vida misma (Jn. 14:6), como Autor de la vida (Hch. 3:15) y como dador de vida (Jn. 10:10), se nos presenta en horas angustiosas cuando el vacío interior y la ausencia de un propósito, nos ponen frente a frente con la carencia de un verdadero motivo para seguir viviendo. El ser humano debería guardar su corazón sobre toda cosa, pero al no hacerlo, seca la fuente de su vida (Pr. 4:23). En ese desierto personal no se encuentran más razones para luchar y, como Saúl, el primer rey de Israel, algunos optan por “echarse sobre su propia espada” (1 S. 31:4). Pero aún hay esperanza para quienes quieren acabar con sus vidas.

El que planea suicidarse o el que lo intenta, en el fondo no quiere acabar con su vida, lo que quiere es acabar con un dolor intenso, con un sufrimiento terrible (muchas veces prolongado y silencioso), y no encuentra otra manera de hacerlo. En su lucha interior, su panorama de opciones se limita a sólo una, y ésta es irreversible: ha muerto la esperanza de un nuevo día, y peor aún, la futilidad le está ganando la partida y le convence de lo inútil de seguir respirando, de seguir intentando un nuevo comienzo. Pero, generalmente, el que se suicida, realmente,

no quería morir... ¡Sólo quería encontrar “un salvador”!

La magnitud del problema

El suicidio implica quitarse la vida voluntariamente. Abarca la ideación suicida (pensarlo y desearlo), el intento suicida (conducta, sin resultado de muerte) y el suicidio consumado. Según estadísticas de la Organización Mundial de la Salud, anualmente, cerca de 800.000 personas se quitan la vida, y muchas más intentan hacerlo, es decir, ocurre un suicidio en el mundo cada 40 segundos. Cada suicidio es una tragedia que afecta a familias, comunidades y países, y tiene efectos duraderos para los allegados del suicida. El suicidio se puede producir a cualquier edad; y en el año 2016 fue la segunda causa principal de defunción en el grupo etario de 15 a 29 años en todo el mundo. Y el problema podría ser mayor, dada la sensibilidad de este fenómeno y la ilegalidad de las conductas suicidas en algunos países, lo cual conduciría a un ocultamiento de las verdaderas cifras de la cantidad de suicidios. El vínculo entre el suicidio y los trastornos mentales (en particular, los relacionados con la depresión y el consumo de alcohol) es notorio en los países de altos ingresos, en los cuales está bien documentado. Muchos suicidios se producen, impulsivamente, en momentos de crisis que menoscaban la capacidad para afrontar las tensiones de la vida, tales como: problemas financieros, rupturas de relaciones, enfermedades y dolores crónicos... Además, las experiencias relacionadas con conflictos, desastres, violencia, abusos, pérdidas y sensación de aislamiento, están estrechamente ligadas a conductas suicidas. Las tasas de suicidio también son elevadas entre los grupos vulnerables objeto de discriminación,

por ejemplo, los refugiados y migrantes, las comunidades indígenas, las personas del grupo LGBTI y los reclusos.

La realidad en Colombia

En Colombia, el Instituto Nacional de Medicina Legal reveló, en su más reciente informe, que el número de muertes por suicidio aumentó entre el 2018 y el 2019. Según el Instituto, el aumento es del 3,5%, pasando de 2.247 a 2.326 personas, siendo ésta la causa de muerte con mayor incremento en el País durante el año pasado, por encima de los homicidios y los accidentes de tránsito. El mismo informe señala que los hombres fueron los más afectados (79% de los casos), predominando en el grupo etario entre 20 y 29 años. Y las cinco ciudades donde se registraron mayor número de suicidios en Colombia, mencionadas por orden, fueron: Bogotá, Medellín, Cali, Ibagué y Pasto.

También de documentos del Instituto Nacional de Medicina Legal podemos extraer:

- Incremento año tras año en los últimos tiempos.
- Mayor número de intentos en mujeres, pero con mayor consumación en hombres.
- Incremento de víctimas mayores de 80 años; predominó en personas que no tenían establecida vida marital y, además, tenían un bajo nivel de formación académica.
- Los principales detonantes del suicidio fueron: los

conflictos de pareja o con la expareja, las enfermedades físicas o mentales, y los problemas económicos.

Factores de riesgo

La Dra. Nadine Kaslow, PhD del Child Mind Institute (Instituto de la Mente Infantil), sobre la prevención del suicidio orientada especialmente a personas jóvenes, niños y adolescentes, señala: “Los niños que hablan o escriben acerca de suicidarse no son tomados en serio, y se les considera excesivamente melodramáticos. Pero no debemos nunca ignorar una amenaza de suicidio, incluso cuando provenga de una niña que ha amenazado con suicidarse ya tantas veces, que estamos tentados a dejar de tomarla en serio. Es importante responder seria y cuidadosamente a dichas amenazas y a otras señales de advertencia; éstas no significan que un niño vaya a intentar suicidarse, pero es una posibilidad que no se puede descartar”.

Algunos factores de riesgo en cuanto al suicidio

- Intentos anteriores de suicidio aumentan más el riesgo para un nuevo intento.
- Trastornos de consumo de alcohol y otras sustancias (drogas, fármacos).
- También el involucrarse en muchos problemas, tanto de conductas como disciplinarios, o en comportamientos de alto riesgo.
- Tener dificultades con su orientación sexual.
- Un historial familiar de suicidio es algo que puede ser realmente significativo y preocupante.

- También un historial de violencia doméstica, abuso o negligencia infantil.
- La falta de apoyo social. Un niño que no siente el apoyo de un adulto importante en su vida, así como tampoco de sus amistades, puede aislarse tanto, que el suicidio le pueda parecer la única salida a sus problemas.
- Acoso. Sabemos que ser víctima de acoso es un factor de riesgo. Pero hay cierta evidencia de que también los niños acosadores pueden tener un riesgo más alto de comportamiento suicida.
- El estigma asociado a pedir ayuda. Una de las cosas que sabemos es que mientras más desesperadas y desamparadas se sientan las personas, tienen más probabilidad de elegir hacerse daño a sí mismas y terminar con sus vidas; también si sienten mucha culpa o vergüenza o si sienten que no valen nada o si tienen baja autoestima.

Conscientes de que vivimos fuera del Edén, enfrentamos las consecuencias de nuestras decisiones egoístas y tomadas a espaldas de nuestro Dios, inmersos en un mundo donde la vida dejó de ser considerada sagrada, y donde atentar contra ella, para algunos, es sólo una reafirmación de su libertad; un ambiente propicio para que el ladrón (como se le llama al diablo en Juan 10:10) venga a tomar las vidas de seres cada vez más vulnerables.

Factores protectores claves

¿Y qué de los factores protectores? ¿Qué cosas pueden mitigar el riesgo de involucrarse en un comportamiento

suicida? Aquí hay algunos, en relación con los niños:

- Buenas habilidades para resolver problemas. Los niños capaces de ver un problema y buscar maneras efectivas de manejarlo, y la capacidad de resolver conflictos de manera no violenta, tienen un riesgo menor de suicidio. En relación a este punto, tenemos que familias construidas sobre principios bíblicos, en amor, respeto y buena comunicación, encuentran factores protectores en contra del suicidio.
- Conexiones fuertes. Mientras más fuertes sean las conexiones que los niños tengan con sus familias, con sus amigos y con las personas de su comunidad, menor será la probabilidad de hacerse daño a sí mismos. Eso es, en parte, porque se sienten queridos y apoyados y, en parte, porque tienen personas a quienes acudir cuando estén enfrentando dificultades y se sientan realmente atrapados.

El suicidio en la Biblia

En el Antiguo Testamento se describen algunos casos en los que determinados personajes se suicidaron, y se exponen las condiciones emocional y espiritual que los dominaban en esos momentos. También hay otros casos en los que la progresión de una depresión los llevó a considerar la idea de la muerte, como le sucedió a Moisés, lo cual se puede leer en el contexto del libro de Números, capítulo 11.

El psiquiatra cristiano Pablo Martínez Vila, analizando este caso en particular, señala: “En el momento más necesario, cuando Moisés no puede más y desea la muerte, surge la palabra balsámica del Médico Supremo. Dios sabía bien la causa del estado de Moisés, y la respuesta viene de la manera

más adecuada. En la forma de actuar del Señor hay tres aspectos que queremos destacar. Dios provee a Moisés de las tres cosas que más necesitaba”.

1. Comprensión

“Dios no censura a Moisés por su depresión ni le trata ásperamente; ni una palabra de reproche sale de la boca del Señor. La comprensión sustituye a la reprensión. Dios se nos presenta como Maestro de la simpatía hacia el atribulado. Lo que menos necesitaba Moisés en aquel momento eran palabras de reproche. A nosotros, humanamente, nos podría parecer que Moisés merecía algún tipo de corrección. Pero el Señor es “...*lento para la ira, y grande en misericordia y verdad.*” (Sal. 86:15). Esta respuesta de Dios constituye una iluminadora advertencia para los que se apresuran a emitir juicios condenatorios o gestos de desaprobación cuando ven a un hermano como “caña cascada” o “pábilo que humea” (Is. 42:3). Si queremos parecernos a nuestro Maestro, haremos bien en imitarle: La misericordia, la comprensión y la simpatía deben abundar mucho más que el juicio severo, la reprensión o la condenación hacia el que sufre”.

2. Ayuda práctica

“Dios provee una salida. La respuesta de Dios no se limita a comprender a su siervo deprimido, sino que es sumamente práctica. Le proporciona la ayuda más asequible para que Moisés pueda salir de la depresión. El estado emocional de Moisés era muy parecido a una ciudad asediada por el enemigo. Lo más urgente es encontrar una salida que alivie este cerco.

Observemos que Dios no le da una ‘solución instantánea’, de manera que el problema desaparezca de forma “mágica”. No olvidemos que la palabra solución no aparece en la Biblia ni una sola vez. En cambio, sí se nos promete que “...*fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.*” (1 Co. 10:13). Dios no cambió a Moisés por otro líder, ni siquiera le dio oportunidad para un tiempo de descanso. El pueblo siguió siendo conflictivo; el peso de la dirección seguía estando allí. Pero algo muy importante sí cambió: Dios le dio la salida precisa, le proporcionó los instrumentos adecuados para afrontar la situación: Setenta ancianos del pueblo “... *llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo.*” (Nm. 11:17). Dios provee la salida adecuada en el momento adecuado”.

3. Estímulo para su autoestima

“Queda claro que Dios no consideró un pecado la depresión de Moisés. Si hubiese sido así, Dios le habría apartado de tan estratégica responsabilidad. Lejos de ello, le reafirmó en su tarea con una frase luminosa y terapéutica: “...*y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos...*” (Nm. 11:17). Una vez más, Dios se nos revela como un exquisito conocedor de la mente humana. ¿No se había quejado Moisés de que Dios le trataba mal y de que casi le había desechado? (Nm. 11:11). La mente de Moisés, tan deteriorada, necesitaba una buena dosis de renovación. La frase “... *tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos...*” implicaba dos grandes estímulos: Por un lado, Dios no se había olvidado de Moisés, Su Espíritu estaba todavía presente en el líder del pueblo. Por otro lado,

¡Dios no podía insuflar un espíritu alicaído y débil en los otros ancianos! La lógica de Dios se hace aplastante: “Moisés, sigo creyendo y confiando en ti”, es el mensaje claro que Dios le transmite con Su decisión. Moisés estaba en depresión, pero era capaz de entender este mensaje: “Si Dios toma de mi espíritu para darlo a otros, es señal de que no debo estar en condición tan desastrosa.”

La vida como don de Dios

Como señala el Dr. Antonio Cruz: “La vida humana, en la perspectiva de la Escritura, se concibe siempre como un don de Dios. Sólo el Creador tiene autoridad sobre la vida y la muerte de Sus criaturas. Es, por tanto, el verdadero propietario que la concede en usufructo para que el ser humano la administre y rinda cuentas, al final, de su buena o mala gestión. Esta creencia de los cristianos primitivos supuso una colisión frontal contra la cultura del suicidio que predominaba en el mundo pagano. La ley mosaica del Antiguo Testamento no se refiere directamente al suicidio, porque lo contempla dentro del homicidio”.

Nuestra vida y nuestra muerte no sólo afectan al Dios Creador y a nosotros mismos, sino también a las demás personas con quienes convivimos. No habitamos dentro de una burbuja aislada. Nadie vive sólo para sí; de ahí que el hecho de quitarse la vida tenga también repercusiones negativas y en extremo dolorosas sobre los demás. Como afirma el apóstol Pablo en su carta a los Romanos: “*Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos.*” (Ro. 14:7-8).

Mientras tanto, ¿qué podemos hacer?

Ignorar un problema no lo soluciona; por el contrario, nos expone a un riesgo adicional; el sufrimiento silencioso es más desgarrador. Así que, además de hacer visible este grave problema, existen otros aspectos prácticos en los cuales podemos avanzar.

- **Preguntar:** Hagamos preguntas directas y estemos preparados para escuchar de manera empática. Por ejemplo: “Te he visto en los últimos días más triste de lo habitual, ¿podríamos hablar sobre eso?” “Últimamente te veo más callado de lo normal, ¿estás pasando por algo difícil y no has tenido con quien hablarlo?” Y luego más directo: “¿Has pensado en hacerte daño, en acabar con tu vida?”
- **Verdadera conversión:** Necesitamos encontrarnos con Jesús. Pero no se trata de un simple asentir religioso, sino de una verdadera conversión, un volverse al Señor con todo el corazón y con todo el ser, en una comprensión adecuada del Evangelio. (Recomiendo leer el primer número de la revista Tesoros Cristianos).
- **Plenitud espiritual:** Alguien podría decir: “¿Y si ya soy un creyente y estoy pasando ese desierto desesperanzador?” Se debe revisar el caminar con el Señor. El Señor no prometió una burbuja de inmunidad frente a las dificultades, pero sí prometió que nunca nos dejaría y nunca nos desampararía. Su paz y Su fortaleza están garantizadas aun en el valle de sombra de muerte. Está

disponible el fluir del Espíritu Santo desde el ser interior (el espíritu humano) saltando como ríos de agua viva para el que reconoce su sed y se acerca a beber de Él (Jn. 7:37-39).

- **La oración y la lectura de la Biblia:** Nos trae luz a las tinieblas de nuestro mundo interior, al engaño y a la perversidad de nuestro propio corazón, y nos ayuda a aquietar nuestro ser interior y sus más profundos pensamientos. Puede ser un bálsamo al sufrimiento ocasionado por otros. Poder hablar con Dios, cuando creemos que nadie nos escucha o nos entiende, es un primer paso poderoso para iniciar nuestra recuperación y ser consistentes en nuestro crecimiento espiritual.
- **Pedir ayuda:** Los ancianos de la iglesia y las hermanas maduras pueden ser el contacto inicial para ofrecer los primeros auxilios, sin olvidar que existen profesionales (como psicólogos y psiquiatras) que pueden ayudar en este tipo de conflictos cuando la ayuda de la iglesia no es suficiente. No sólo no se debe estigmatizar a quienes requieran este tipo de ayuda, sino que se les debe animar a pedirla de manera temprana y por el tiempo que sea necesario. En algunos casos, puede ser necesaria la hospitalización para recibir atención integral.
- **Red de apoyo:** Los lazos familiares, la comunión con la iglesia y amigos deben ser una red de apoyo para acompañamiento y protección, personas consideradas valiosas con quienes poder tratar estos temas y ante quienes ser responsables y transparentes.

- **Reconocer la lucha espiritual:** No olvidemos la dimensión del conflicto y/o enfrentamiento espiritual; estamos inmersos en una batalla que va más allá de asuntos humanos, lo cual implica no sólo un trabajo natural, sino sobrenatural. Nuestra lucha no es contra carne y sangre, razón por la cual debemos estar revestidos de toda la armadura de Dios (Ef. 6:10-18).
- **Estudiar:** Continuar aprendiendo y profundizando sobre estos temas es muy importante. Este artículo y el de la depresión (del número anterior de esta revista), son sólo introductorios; aún hay mucho camino por recorrer. Recomiendo el libro de Jane Hunt: “Suicidio y propósito para vivir”. También puede ser de gran utilidad el documento: “Prevención del suicidio, un imperativo global”.

Termina el Dr. Martínez Vila, explicando que el trato amoroso y delicado de Dios surtió efecto. Moisés pudo salir del valle oscuro de la depresión. Los acontecimientos posteriores de su vida nos muestran que esta crisis no fue estéril. Sin duda, Moisés pudo aprender valiosas lecciones de esta dolorosa experiencia.

El autor de la carta a los Hebreos nos revela dos de los grandes secretos de la fe de Moisés: Moisés “...*tenía puesta la mirada en el galardón.*” (He. 11:26). Y Moisés “...*se sostuvo como viendo al Invisible.*” (He. 11:27). Esta doble expresión de la fe de Moisés es la columna que le permitió asirse de Dios en la oscura hora de su depresión.

¡Y es la misma columna que todo creyente tiene a su alcance para superar cualquier tipo de crisis en su vida, y que lo puede salvar, librar, de terminar en suicidio!

Pablo Andrés Moyano

.....

Busque el socorro en Cristo

“Refúgiense en Él por la fe, recordando especialmente que Él sabe todo acerca de la tentación. Ruéguele para que usted pueda “... *alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.*” (Hebreos 4:16). Cuando se sienta tentado y listo a darse por vencido, cuando necesite ayuda y siente que debe tenerla o morirá, entonces enfoque su fe sobre Cristo, quien también fue tentado. Considere las tentaciones que El sufrió y recuerde que todas las venció y, aún más que eso, recuerde que fue para nuestro beneficio que Él fue tentado, y también que por nosotros venció la tentación. Mientras que usted ruega, esté seguro de que Él se compadecerá de usted y vendrá en su ayuda. Póstrese ante Sus pies, expóngale su situación diciéndole todo, ruegue su ayuda... ¡y no será en vano!”

John Owen

“Preocúpate más por un grano de fe que por una tonelada de emoción.”

Charles Spurgeon

Equipo Editorial:

Alberto Rabinovici
Andrés Rodríguez
Diana Ramírez
Jhair Diaz
Luisa Cruz
Marcelo Vieira
Pablo Moyano
Pablo David Santoyo

Invitados:

Andrés Salamanca

Revisión:

Alicia Hernández
Asmiria Pirela
Carolina Vásquez
Marane Almeida
Saskya Barros

Diagramación:

John Jairo Gutiérrez

Distribución:

Héctor Santoyo

El ministerio **TESOROS CRISTIANOS** es sostenido por la gracia de Dios y la mano generosa de aquellos que, siendo beneficiados por nuestro material y apreciándolo, son motivados por el amor del Señor a cooperar voluntariamente con nosotros (Fil 4:17). Si desea participar en esta gracia puede contactarnos; para nosotros será de gran bendición. . *“Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros.”* (2 Ts. 3:1).

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

tesoros cristianos@gmail.com
310 2702366 / (031) 2480410
Bogotá-Colombia

Suscríbete y recibe las publicaciones de nuestra revista trimestralmente.

Conoce nuestros sitios web:

revista.tesoroscristianos.co
estudiosbiblicos.tesoroscristianos.co
tesoroscristianos.co